

# Florent Marcellesi

## Ecología política: génesis, teoría y praxis de la ideología verde

*Florent Marcellesi (fmarcellesi@bakeaz.org) es ingeniero de Caminos, Canales y Puertos del Instituto Nacional de Ciencias Aplicadas de Lyon (Francia) y urbanista por el Instituto de Ciencias Políticas de París. Especialista en cooperación internacional (postgrado en el Instituto Hegoa, Bilbao), conjuga su trabajo en temas de sostenibilidad y participación ciudadana con una intensa actividad en el movimiento verde vasco, español, francés y europeo. Socio de Bakeaz, miembro del comité de redacción de la revista francesa de ecología política EcoRev' y coordinador del centro EcoPolítica, escribe artículos para diferentes periódicos y revistas sobre temas relacionados con la ecología política, el medio ambiente, cuestiones europeas e internacionales, etc. Entre otros, ha publicado «André Gorz vive, la lucha ecologista sigue» (Ecología Política, 2007), «Desarrollo, decrecimiento y economía verde» (The Ecologist para España y Latinoamérica, 2007) o «Nicholas Georgescu-Roegen, padre de la bioeconomía» (Ecología Política, 2008). En el marco de su labor en Bakeaz, investiga sobre la incorporación teórica y práctica de la sostenibilidad en la cooperación internacional.*

*Frente a la aguda crisis ecológica, ¿hasta qué punto estamos presenciando, con la ecología política, el nacimiento de una nueva ideología? A esta pregunta intenta contestar este cuaderno a través del análisis de la génesis, teoría y praxis de la ideología verde, entendida como un sistema de pensamiento político global. Tras situar sus raíces y mitos fundacionales en la década de los años sesenta, pone en su contexto histórico una visión del mundo que ha dado a luz, entre otras organizaciones, a los partidos verdes, y que gira principalmente en torno a la dialéctica productivista/antiprodutivista. Según el autor, este eje —al convertirse en central y estructurante— implica reconsiderar el panorama sociopolítico heredado de la división binaria izquierda/derecha. De este modo, si el medio ambiente pasa a ser uno de los factores más determinantes de las luchas y conflictos sociales actuales y futuros, la ecología política adquiere autonomía como modelo ideológico y político y podría convertirse en un nuevo referente de los movimientos transformadores.*

### ÍNDICE

1. Introducción	1
2. La génesis ecologista	2
3. La ecología política: una ideología global y transformadora	4
4. Los partidos verdes en la arena política: de la teoría a la práctica	7
5. A modo de conclusión: ¿es la ecología política de izquierdas?	10
Notas	13
Bibliografía	14

## 1 Introducción

En el mundo entero, el movimiento ecologista reúne a muy diversos movimientos sociales, como asociaciones, organizaciones no gubernamentales, plataformas ciudadanas o activistas, etc. Pero también, desde los años setenta, han surgido partidos políticos que se afirman como la correa de transmisión del movimiento social ecologista. Estos partidos —así como la parte del movimiento social que se iden-

tifica con ellos— se refieren a la ecología política para definir su ideología común. Mucho se ha debatido acerca de si la ecología política se puede definir como ideología o si representa un conjunto de valores que, además, se pueden incorporar a —es decir, pueden *reverdecer* y actualizar— otras ideologías reconocidas y asentadas. En este estudio, siguiendo los pasos de Andrew Dobson, se establece la hipótesis de que se puede describir y evaluar la ecología política como «un conjunto de ideas con respecto al medio ambiente, las cuales pueden ser consideradas propiamente como una ideología: la ideología del ecologismo» (1997: 21). Como se intentará demostrar, la ecología política conforma una *ideología global* que responde a las tres características que plantea Dobson:

En primer lugar, [las ideologías] deben promover una descripción analítica de la sociedad: un *mapa* compuesto por puntos de referencia que permita a sus usuarios orientarse en el mundo político. Como segunda característica, deben prescribir una forma particular de sociedad empleando creencias acerca de la condición humana que sostiene y reproducen opiniones acerca de la naturaleza de la sociedad prescrita. Finalmente, deben proporcionar un programa de acción política, o mostrar cómo llegar, desde la sociedad en que vivimos actualmente, a la prescrita por la ideología en cuestión. (1997: 23)

Además, se deja claro desde el principio que el ecologismo político no se puede resumir en consideraciones de medio ambiente, y menos aún confundirse con el *medioambientalismo*. Mientras que este segundo término se vislumbra como soluble en otras ideologías o como mero acompañamiento de otros enfoques ideológicos, las aportaciones teóricas de Illich, Gorz, etc., manifiestan que la ecología política es una herramienta radical y holística de transformación social. Por lo tanto, a pesar de ser todavía muy desconocida en España, y a menudo reducida a uno de sus componentes como es el ecosocialismo, *la ecología política se entiende como un sistema de pensamiento político global y autónomo que responde a unas necesidades históricas concretas*.

En el segundo apartado, tras esta breve introducción, se explora el camino recorrido por la ideología verde, sus cuestionamientos existenciales y sus mitos fundacionales. Se hace especial hincapié en la inflexión fundamental que conoce en los años sesenta el movimiento ecologista y que conlleva una apertura y ampliación de sus reivindicaciones hacia aspectos sociales, culturales, económicos y tecnológicos, es decir, hacia una *cosmovisión ecologista*. A continuación se aborda el marco teórico y conceptual de la ecología política para entender sus pautas ideológicas básicas. Se presenta la ecología política como una crítica transformadora de la sociedad productivista y como acción política en busca de sentido y radicalidad democrática. Se trata de definir su visión global de la sociedad y de su futuro así como sus planteamientos sobre las relaciones entre seres humanos, de las relaciones entre éstos y su entorno natural y de las actividades productivas humanas. En el cuarto apartado se examina el crecimiento de los primeros partidos verdes y su anclaje en el ámbito político *glocal*, para lo cual se analiza la propagación del ecologismo político en el mundo y su paulatina institucionalización —y contradicciones— a través de su participación en los gobiernos. A modo de conclusión se cuestiona el posicionamiento de la ecología política en el tablero político heredado de la oposición clásica entre izquierda y derecha, teniendo en cuenta un escenario donde el eje productivismo/antiprodutivismo implica repensar las divisiones tradicionales del panorama político. El trabajo concluye con una discusión acerca de las relaciones entre la ecología política y el (eco)socialismo.

## 2 La génesis ecologista

Un movimiento en el cual la política signifique el poder de amar y el poder de sentirnos unidos en la nave espacial Tierra...

Petra Kelly

En comparación con las ideologías dominantes de los siglos XIX y XX, se puede considerar la ecología política como una ideología joven. Como veremos en este apartado, a pesar de una larga trayectoria de movimientos de defensa de la naturaleza desde la primera revolución industrial, el nacimiento del ecologismo como ideología se ubica más bien en la década de los sesenta, con un punto de inflexión fundamental en los acontecimientos de 1968. Porque mientras que los defensores de la naturaleza del siglo XIX se quedaron principalmente en consideraciones estéticas sin criticar el trasfondo estructural de la crisis ecológica que se avecinaba, el ecologismo se interroga sobre el «progresismo», como postulado no criticado y como legitimación, casi tautológica, de la conducta de las sociedades industriales modernas. Al introducir el concepto de *supervivencia humana*, la ecología política desarrolla un análisis crítico del funcionamiento y de los valores de nuestras sociedades industriales y de la cultura occidental. Para que nazca un conjunto ideológico holístico y coherente, esta crítica del industrialismo y de la modernidad precisa superar la visión romántica de la naturaleza y la cosmovisión cartesiana y determinista. Además, para convertirse en un movimiento aglutinador, necesita unos mitos fundacionales cuyas referencias y valores permitan que las diferentes corrientes de la familia ecologista se sientan identificadas con un sustrato común.

### ■ De la estética a la supervivencia

Las primeras huellas de movimientos organizados en pro de la conservación de la naturaleza se pueden encontrar en la segunda mitad del siglo XIX en Inglaterra, y por extensión en todo el Imperio británico. No es de extrañar que la explotación abusiva de la naturaleza por parte de la incipiente industrialización creara entonces un espacio favorable para el desarrollo de las ciencias naturales. Sin embargo, mientras que el movimiento ecologista se caracterizará a partir de los años sesenta por su carácter social transformador, el concepto de *protección de la naturaleza* hace referencia entonces sobre todo a valores estéticos y románticos. Por ejemplo, durante los años 1840-1850 varios centenares de sociedades de historia natural se dedican a la práctica y contemplación del campo, y se legisla para proteger la estética de los paisajes. La conservación del paisaje se caracteriza así por la creación de parques naturales como el de Yellowstone, en los Estados Unidos (1872), seguido de numerosos ejemplos en el Imperio británico,<sup>1</sup> de la instauración del primer parque nacional de Europa en Suiza en 1914, y de la declaración del Parque Nacional de la Montaña de Covadonga en España en 1917. El final del siglo XIX está marcado también por el fuerte papel desempeñado por la lucha conservacionista contra el maltrato animal y en particular contra las masacres de aves para usar sus plumas en la moda femenina.

En poco tiempo estas reivindicaciones se vuelcan en contra de la sociedad moderna, de sus valores intrínsecos y de su sustrato industrial. Si excluimos las aportaciones de socialistas minoritarios como John Stuart Mill o William Morris, las diferentes crisis vividas encuentran respuestas en herramientas socioeconómicas basadas en la búsqueda del crecimiento y el dominio continuo de la naturaleza. Es el caso del Dust Bowl, que se convierte en los Estados Unidos de la Gran

Depresión en uno de los mayores desastres ecológicos de su historia. Además de provocar la migración de más de dos millones de personas, estas tormentas de polvo evidencian que las malas prácticas agrícolas (como la sobreexplotación, la quema de campos, etc.), que sólo buscan la rentabilidad y la competición sin freno, influyen en los equilibrios ecológicos. Para restablecer el balance ecológico de la zona, el Gobierno federal realiza algunos ajustes medioambientales,<sup>2</sup> pero al mismo tiempo embarca al país en su política del New Deal, que fundamentalmente apuesta por fomentar el empleo, la producción y el consumo a través de una política keynesiana de inversiones públicas, grandes infraestructuras y dominio de los recursos naturales. De igual manera, el fin de la segunda guerra mundial abre las puertas al Plan Marshall, que busca favorecer la reconstrucción material y la entrada de Europa en la segunda revolución industrial a través de una visión *fordista* caracterizada por una producción y consumo de masa (Viveret, 2002: 17). Enmarcado en una dialéctica desarrollista y una competencia geopolítica a ultranza entre el bloque capitalista y el comunista, este plan se suma a un esfuerzo mundial sin precedentes al servicio de la idea de «progreso». En su obra *Las etapas del crecimiento* y con un enfoque determinista sin fisuras, Rostow distingue las fases por las cuales tendría que pasar cualquier economía: a la sociedad tradicional no le queda más remedio que «despegar» para adentrarse en el camino «del progreso hacia la madurez» y entrar por fin en «la era del consumo de masa» (1961).

En este contexto donde la racionalidad económica del Occidente se erige en «creencia cuasi-religiosa» (Grinevald, 1996: 30), la «protección de la naturaleza» se plantea como un ajuste al margen de la ideología dominante que ensalza la modernidad y como una cruzada moral a favor de la estética y la conservación del entorno natural y de la vida salvaje. En torno a los años sesenta, el ecologismo incipiente da un giro coperniano para centrarse en el entorno humano con un tema radicalmente nuevo: la supervivencia de la especie humana. A diferencia de los enfoques conservacionistas, el término *supervivencia* introduce el sentimiento de crisis, de temporalidad, y la concepción del ser humano como parte integrante de la biosfera. En su polémica obra *Primavera silenciosa*, Rachel Carson considera que el ser humano está en interacción permanente con su medio ambiente. Utilizando un discurso científico, recuerda que no puede extraerse de él —ni siquiera garantizar una supremacía sobre la naturaleza— sin sufrir las consecuencias inmediatas y a largo plazo (Villalba, 2005). Nicholas Georgescu-Roegen, el padre de la bioeconomía, lo resume de manera aún más cruda y polémica: «Cada vez que producimos un automóvil lo hacemos a costa de una reducción del número de vidas futuras» (1996).

Justamente la bioeconomía ataca las bases de la racionalidad moderna, caracterizada por el papel de la ciencia económica moderna y forjada en el paradigma mecanicista, el de Newton y Laplace. En otras palabras, nuestro mundo descansa en teorías y fenómenos atemporales, que no tienen en cuenta los descubrimientos científicos de Carnot, Clausius y Darwin que introducen un concepto central: la *irreversibilidad* (Georgescu-Roegen, 1996: 352-353). La teoría económica no ha incorporado la revolución de la termodinámica y de la biología y sigue viviendo en los principios del siglo XIX.<sup>3</sup> Esto significa que las actividades humanas se desarrollan alimentándose y a costa de la disipación «irrevocable» de *baja entropía*, lo cual marca el límite físico de las sociedades industriales y, por el carácter *exosomático*<sup>4</sup> de nuestra existencia, de la especie humana en su conjunto (Marcellesi, 2008). En el terreno ético y ante la crisis ecológica, Xabier Etxebarria apela a distanciarse del «antropocentrismo tecnocrático» —nacido en la edad moderna occidental con el papel destacado de Descartes—, donde la naturaleza es sobre todo el objeto propuesto para nuestro dominio, para nuestro provecho, gracias a la tecnociencia, fuente de la felicidad de los seres humanos (1994: 2). Frente a una visión determinista del progreso y de la técnica, se trata de superar la dialéctica y oposición clásica

entre cultura y naturaleza a través de una «nueva alianza» entre seres humanos y naturaleza, según la cual las sociedades humanas no viven fuera de los ecosistemas sino que pertenecen al mundo natural con el cual mantienen una relación viva, retroactiva y dinámica (Prigogine y Stengers, 1983).

No sólo «el hombre es un lobo para el hombre», sino también para la naturaleza y su biodiversidad, sustrato imprescindible de su reproducción en el corto y largo plazo. Retomando el concepto de Vladimir Vernadsky,<sup>5</sup> el ser humano se ha convertido en una «fuerza geológica planetaria» que, según unos principios intocables de modernidad y progreso, es capaz de provocar su propia extinción, lo que llevaba a Georgescu-Roegen a un pesimismo impactante: «Tal vez el destino del ser humano sea una vida breve, más febril, excitante y extravagante en lugar de una vida larga, vegetativa y monótona» (1996). Aunque este estilo catastrofista pertenece a la liturgia y retórica ecologista, las enseñanzas de Carlson, Illich, Georgescu-Roegen, Dumont, etc., se convertirán en el fundamento de un movimiento lleno de esperanzas, de fe en un futuro mejor, y cuyo paradigma encontramos en el año 1968.

## ■ 1968 y otros mitos fundacionales del ecologismo

En la lucha ecologista, el año 1968 marca un punto de inflexión o —utilizando la terminología de la teoría del caos, más adecuada al estudio de la biosfera que el paradigma mecanicista— un punto crítico. En diferentes partes del planeta, las revueltas juveniles se componen de una masa heterogénea de perfiles sociológicos donde conviven pacifistas, feministas, artistas, libertarios, medioambientalistas o autogestionarios en contra de la cultura del progreso ilimitado, consumista, jerárquico y patriarcal. En el abanico de los movimientos por la autonomía destacan también los militantes que redescubren el mundo rural, que vinculan los términos *ecología* y *comunidad* e inician un retorno a la tierra con prácticas y técnicas alternativas. Esta «revolución mundial de 1968», en la línea del concepto de Wallerstein, marca una ruptura profunda con los movimientos de la izquierda tradicional y la aparición de nuevas aspiraciones transformadoras. Mientras surge la represión, especialmente sangrienta en México o Praga, el movimiento obrero —principalmente masculino y de funcionamiento vertical— desconoce en un primer momento estas revueltas hacia la emancipación para luego sumarse a las protestas una vez iniciadas las huelgas en las fábricas. Por ello, Gorz explica que el socialismo no tendrá mejores resultados que el capitalismo si no favorece al mismo tiempo la autonomía de las comunidades y de las personas: «La expansión de esta autonomía está en el centro de la exigencia ecologista. Supone una subversión de la relación de los individuos con sus herramientas, con su consumo, con su cuerpo, con la naturaleza» (1982).

Según Daniel Cohn-Bendit, ayer líder del mayo de 1968 y hoy cabeza visible del movimiento verde europeo, la revolución de 1968 no se puede definir como un movimiento ecologista sino que porta las semillas y valores que posibilitarán el futuro crecimiento del ecologismo. Siguiendo este análisis, la ecología política surge como la «prolongación de las ideas de 1968» (Gorz, 2008a: 93) y constituye uno de los principales recipientes de «la revolución de las conciencias políticas, del cuestionamiento existencial» de esta época (Cohn-Bendit, 2008). Este cuestionamiento existencial nos recuerda, a través de lemas como «¡No trabajéis nunca!» o «Vivir sin tiempo muerto, gozar sin trabas», la importancia del *disfrute* y del *placer* frente a sociedades conservadoras y ahogadas en el *trabajo-empleo* alienante. De la misma manera, siguiendo los pasos de Keynes, que pensaba que el arte y la cultura debían primar *in fine*, Georgescu-Roegen plasma que «el verdadero producto del proceso [económico] es un flujo inmaterial: el placer de la vida» (1996), mientras que Cohn-Bendit teoriza el cambio político a través del «placer de participar en un momento histórico pero crucial» (2000: 60).

Así, 1968 marca uno de los mitos fundacionales de la ecología política, condición *sine qua non* de la construcción del imaginario colectivo ecologista. Este imaginario se plasma en varios documentos fundadores del movimiento verde político. Por ejemplo, Los Verdes mundiales insisten en la necesidad de hacer partido «con amistad, optimismo y buen humor, sin olvidarnos nosotros mismos de disfrutar en el proceso» (Carta de Camberra, 2001: punto 10.11). Mientras tanto, en los principios directores, el Partido Verde europeo establece sus orígenes en la suma heterogénea de movimientos medioambientalistas y antinucleares, de los activistas no violentos, feministas, a favor de los derechos humanos, del ámbito Norte-Sur y de la lucha contra la pobreza.

Después de 1968, la conciencia ecológica se reforzará aún más a través de varios acontecimientos que entrarán a formar parte de lo que podríamos denominar la *mitología ecologista*. Además de una serie de catástrofes ecológicas difundidas por los nuevos medios de comunicación de masas como la televisión<sup>6</sup> y tras los choques petroleros de octubre de 1973 y 1979, el hundimiento en 1985 por los servicios secretos franceses del barco de Greenpeace, el *Rainbow Warrior*, conmociona fuertemente al mundo, y al ecologista en particular. Este atentado perpetrado por un Estado para evitar que se llevaran a cabo protestas en contra de las pruebas nucleares en el atolón de Mururoa (océano Pacífico) pone de relieve, además de la impunidad de los criminales, la falta total de democracia y transparencia en la imposición tecnocrática de la energía nuclear tanto civil como militar. Apenas un año más tarde, en abril de 1986, ocurre la catástrofe de Chernóbil, que marca también profundamente las mentes y refuerza aún más el imaginario colectivo ecologista, al evidenciar la globalización y la ausencia de fronteras para los problemas ecológicos y sus repercusiones sociales. Más que nunca la lucha contra la energía nuclear, que comenzó en los años setenta, aparece como un estímulo continuo para el movimiento verde y se posiciona en el centro de sus reivindicaciones e historial activista, tal y como lo resume Joaquín Fernández:

**Ninguna otra ha conseguido rechazos tan unánimes y contribuido tan decisivamente a la identidad ideológica y a la cohesión organizativa del ecologismo español, cuya historia es, en buena parte, la historia de la protesta nuclear.** (1999: 99)

Percibida como ejemplo del carácter transnacional de la crisis ecológica, como generadora de pobreza e inseguridad y como paradigma de una sociedad autoritaria basada en un progreso tecnológico ciego, la lucha contra la energía nuclear se ha mantenido hasta la fecha como *factor de identificación y señal de identidad de la ecología política*. En su estudio de más de cincuenta programas de partidos verdes en el mundo, Garton resalta que el «no a la energía nuclear» es una constante prioritaria —consenso único en el panorama político europeo y mundial— y que «ningún programa [verde] ni siquiera insinúa de manera encubierta que la energía nuclear podría ser aceptable como un reemplazo para los combustibles fósiles» (2008: 109).

## La ecología política: una ideología global y transformadora

# 3

**Quien crea que el crecimiento exponencial puede durar eternamente en un mundo finito, o es un loco o es un economista.**  
Kenneth Boulding

Basado en una literatura abundante y en acontecimientos que marcan puntos de referencia imprescindibles para el

imaginario colectivo, la ecología política se marca como objetivo convertirse, tanto en la teoría como en la práctica, en una alternativa global a la sociedad industrial, es decir, en un pensamiento crítico, global y transformador. Con la caída del muro de Berlín en 1989, quedó patente —si hacía falta después de Chernóbil y demás escándalos en el bloque soviético— la incapacidad del *socialismo realmente existente* de proveer democracia, justicia social y sostenibilidad ecológica. Por otro lado, las miradas se concentran en el sistema socioeconómico hegemónico actual, el sistema capitalista, que, a pesar de su victoria geopolítica (aunque pírrica en muchos aspectos —véase Wallerstein, 2002—), se muestra incapaz de resolver el incremento de las destrucciones medioambientales y las desigualdades sociales. Peor aún: las políticas de corte neoliberal aplicadas a partir de principios de los años ochenta profundizan las crisis ecológicas y sociales y no permiten vislumbrar con facilidad una posibilidad de *capitalismo verde*. Frente a los dos sistemas dominantes y antagónicos de los últimos siglos y ambos motor de la sociedad industrial, se afirma una *tercera vía ecologista* basada en el rechazo al productivismo fuera de la dicotomía capitalista-comunista, es decir, una nueva ideología diferenciada y no subordinada a ninguno de los dos bloques, con un objetivo claro: cambiar profundamente la sociedad.

## ■ La ecología política como antiproduktivismo

A través de sus críticas al crecimiento, al «economicismo» y a la tecnocracia, los ecologistas van poco a poco asentando las bases de su «*descripción analítica de la sociedad*» (Dobson, 1997: 23) e hilando su teoría política en contra de un sistema que ha adquirido su lógica propia: el productivismo. Podemos definir el *productivismo* como un sistema evolutivo y coherente que nace de la interpenetración de tres lógicas principales: la búsqueda prioritaria del crecimiento, la eficacia económica y la racionalidad instrumental que tienen efectos múltiples sobre las estructuras sociales y las vidas cotidianas (Degans, 1984: 17).

En este marco, la búsqueda prioritaria del crecimiento como pilar de los sistemas productivistas es una de las dianas constantes de la ecología política. Ésta se opone al postulado que convierte el crecimiento —caracterizado por un aumento de la producción y consumo en un periodo dado— en el motor del bienestar y en un objetivo intrínsecamente bueno:

**En el pasado la producción se consideró un beneficio en sí misma. Pero la producción también acarrea costes que sólo recientemente se han hecho visibles. La producción necesariamente merma nuestras reservas finitas de materias primas y energía, mientras que satura la capacidad igualmente limitada de los ecosistemas con los desperdicios que resultan de sus procesos. [...] La producción presente sigue creciendo en perjuicio de la producción futura, y en perjuicio de un medio ambiente frágil y cada vez más amenazado.** (Georgescu-Roegen, Boulding y Daly, en Riechmann, 1995: 11)

Al igual que estos autores, podemos recordar que la tozuda realidad hace «que nuestro sistema sea finito» (ibídem). Como planteaba en 1972 el primer informe del Club de Roma, nos arriesgamos a un colapso del sistema mundial debido a los «límites del crecimiento». Dicho de otra manera, el *culto de la abundancia* no es compatible con la finitud de la «nave Tierra». A pesar de que las corrientes ortodoxas clásicas y neoclásicas consideran el «crecimiento cero» como una herejía contra el progreso, la Tierra tiene unos límites que le impiden soportar un desarrollo económico que destruya la biodiversidad, provoque el cambio climático, agote los recursos naturales, etc., por encima del umbral crítico de regenera-

ción y capacidad de carga del planeta.<sup>7</sup> Por lo tanto, el productivismo se construye como una paradoja entre un crecimiento económico infinito y un planeta finito donde los recursos y las capacidades son por definición limitados.<sup>8</sup> La destrucción de la Tierra y de las bases de la vida se deben entender por tanto como consecuencias de un modelo de producción que exige la sobreacumulación, la maximización de la rentabilidad a corto plazo y la utilización de una técnica que viola los equilibrios ecológicos (Gorz, 1982).

Por otro lado, la lógica de crecimiento extensiva y acumulativa está ligada a la búsqueda prioritaria de la eficacia económica. Esta lógica busca ante todo la previsión, la mecanización, la racionalización, lo que llama a más división técnica del trabajo, más concentraciones, más jerarquía en el saber y el poder, más institucionalización de todos los aspectos de la vida. Así, si en el sistema productivista **«todo se convierte en objeto de competición, de consumo, de institucionalización [...] es porque reducimos los seres y las cosas a funciones asignadas, a instrumentos vinculados a un fin concreto»** (Degans, 1984: 17). Sin embargo, a juicio de Iván Illich, esta búsqueda de la **«racionalidad instrumental»** conlleva la transformación de la herramienta en un aparato esclavizante, alienante y contraproducente: *al traspasar un umbral, la herramienta pasa de ser servidor a déspota*, y las grandes instituciones de nuestras sociedades industriales se convierten en el obstáculo de su propio funcionamiento. Más aún: para el teórico ecologista, la función de estas instituciones es legitimar el control de los hombres, su esclavización a los imperativos de la diferencia entre una masa siempre creciente de pobres y una elite cada vez más rica. Ni la enseñanza ni la medicina ni la producción industrial están dadas ya a escala de la **«convivialidad humana»** (Villalba, 2005). Es lo que Jacques Ellul, precursor del antiprodutivismo, ya plasmaba a través del **«système technicien»**, es decir, la técnica convertida en sistema como especificidad dominante de nuestras sociedades y la principal clave de interpretación de la modernidad: **«El ser humano que hoy se sirve de la técnica es de hecho el que la sirve»** (Ellul, 1977: 360). Para Gorz, esta crítica de la técnica, fundamento de la ecología política y símbolo de la dominación de los hombres y de la naturaleza, pasa a ser **«una dimensión esencial de la ética de la liberación»** (2006).

A pesar de basarse en el crecimiento económico y la eficacia económica y tecnológica, el sistema productivista provoca un aumento de la presión sobre los ecosistemas y el consumo energético. Desde un punto de vista ecologista, este factor debilita la teoría que afirma que la cantidad de recursos naturales requerida por unidad de producto disminuye con el progreso técnico y la eficacia económica. Además, el aumento general de la brecha entre pobres y ricos contradice también la teoría según la cual el crecimiento económico es capaz de reducir las desigualdades y de reforzar la cohesión social. Estos errores teóricos se materializan en el cálculo actual de la «riqueza de la nación» a través del producto interior bruto: se trata de una herramienta parcial que sólo suma las riquezas llamadas productivas —a través del «trabajo productivo»— y, además de pasar por alto tanto la degradación como el agotamiento de los recursos naturales, no tiene en cuenta el conjunto de las riquezas sociales y ecológicas (Marcellesi, 2007a). Desde la perspectiva del ecologismo se afirma la necesidad de una modificación de **«las herramientas que los economistas empleaban para medir el éxito y el bienestar económico de una nación»** (Carpintero, 1999: 158) y la imprescindible renovación teórica de los conceptos de riqueza, utilidad y valor heredados del siglo XIX.<sup>9</sup>

Como lo resume Illich, **«la organización de la economía entera hacia la consecución del mejor-estar es el mayor obstáculo al bienestar»** (2006). El productivismo como sobrevalorización de la acumulación y la idea de que un aumento de los bienes materiales aumenta la felicidad representa por tanto para los ecologistas una concepción del ser humano peligrosa para su propia supervivencia. En un mundo ecologista, un subsistema no puede regular un sistema que lo

engloba (véase la escuela de la bioeconomía: Georgescu-Roegen en los Estados Unidos, José Manuel Naredo y Joan Martínez Alier en España o René Passet en Francia). Dicho de otra manera, la regulación del sistema vivo no se puede realizar a partir de un nivel de organización inferior como es la economía, que actúa con sus propias finalidades. La economía es parte integrante de la sociedad, ella misma parte de la biosfera. Por lo tanto, el mercado —que no es más que una parte de la economía— no puede imponer su modo de funcionamiento al resto de los niveles. Sólo una organización controlada por finalidades globales tiene legitimidad en un sistema ecologista.

## ■ La ecología política como búsqueda de sentido

Frente al sistema productivista descrito anteriormente, la ecología como ideología «prescribe su forma particular de sociedad», donde la cuestión de la orientación y de los fines de la producción y del consumo (es decir, en el fondo, la *cuestión existencial* de 1968) se erige como uno de sus núcleos centrales. Así, mientras que en su origen la ecología era una disciplina científica,<sup>10</sup> **«la ecología de la especie humana difiere de la ecología de las demás especies animales»**, puesto que los seres humanos —al contrario del resto de las especies— **«son animales no solamente sociales sino también políticos»** (Lipietz, 2000a). El paso de la ecología como ciencia a la ecología como pensamiento político introduce entonces la cuestión del *sentido* de lo que hacemos, lo cual implica una serie de interrogaciones: ¿en qué medida nuestra organización social, la manera en que producimos, en que consumimos, modifican nuestro medio ambiente? ¿Cómo entender la combinación, la interpenetración de estos factores en su acción sobre el medio ambiente? ¿Favorecen o no a los individuos estas modificaciones? (ibídem). Dicho de otra manera, la *ecología política*, además del *oikos* (casa) y del *logos* (estudio), es la *polis*, es decir, el lugar donde los ciudadanos discuten y toman las decisiones. Por lo tanto, la ecología política **«es el lugar donde se delibera sobre el sentido de lo que hacemos en casa»** (Lipietz, 2000b).

Siguiendo esta definición, la ecología política plantea preguntas de gran calado para las sociedades industriales, tanto las (post)fordistas como las de economía de planificación centralizada —¿para qué?, ¿por qué?, ¿cómo estamos produciendo?—, lo que Roustang resume de la manera siguiente:

**La oposición capitalistas/trabajadores ya no es determinante. De hecho, incluso suponiendo que la producción se reparta igualmente entre el capital y el trabajo, la cuestión de la orientación de la producción se plantearía de manera crucial.** (2003: 125)

Para contestar a la cuestión de la orientación de la producción, la ecología política debe por consiguiente proponer una *visión global* de la sociedad, de su futuro, de las relaciones entre seres humanos, de las relaciones entre éstos y su entorno natural y de las actividades productivas humanas. Desde la perspectiva del ecologismo, no se puede hoy pensar un modelo de producción y de consumo que no sea al mismo tiempo humano (justo) y sostenible. Como apuntan las voces críticas al ecologismo, ¿de qué sirve la sostenibilidad ecológica si mientras tanto las riquezas naturales y productivas se quedan en manos de una elite, provocando desigualdades, hambrunas, guerras, injusticia, etc.? Pero, a la vez, podemos darle la vuelta a la pregunta: ¿qué valor tiene el bienestar de una sociedad y de sus miembros si ese mundo no ofrece la viabilidad a largo plazo para las generaciones futuras y si no asegura la supervivencia de la especie humana en condiciones decentes? Sin duda, al introducir los conceptos de *solidaridad planetaria*, *intergeneracional* y también *interespecies*, la ecología plantea preguntas polémicas, sobre todo para los

movimientos sociales y políticos catalogados como «progresistas». Más allá de las etiquetas que cada cual se otorgue, ¿se puede llamar progresista una ideología que no incorpora los nuevos conceptos de solidaridad y cuyas lógicas ideológicas descansan en postulados productivistas?

Por otro lado, una ecología política que lucha en contra de un sistema coherente —el productivismo— y que pretende cambiar sus hábitos, valores y códigos no puede entenderse como el apéndice medioambiental de otra ideología. Afecta directamente al corazón y a todos los aspectos de las sociedades humanas, puesto que vincula la sostenibilidad ecológica con la justicia social, tanto a escala local como mundial. Contiene la idea fundamental de *transformación social* que la aparta de cualquier medioambientalismo. Así, mientras que Lipietz —en referencia a Karl Polanyi— describe la ecología política como «la gran transformación del siglo XXI» (2002), Dobson diferencia el ecologismo del medioambientalismo basándose en esta reflexión:

**El medioambientalismo aboga por una aproximación administrativa a los problemas ambientales, convencido de que pueden ser resueltos sin cambios fundamentales en los actuales valores o modelos de producción y consumo, mientras que el ecologismo mantiene que una existencia sustentable y satisfactoria presupone cambios radicales en nuestra relación con el mundo natural no humano y en nuestra forma de vida social y política.** (1997: 22)

Desde esta perspectiva, la ecología política pasa a proponer un abanico completo de ideas y actuaciones, siempre teniendo en cuenta las relaciones íntimas que unen los ecosistemas con las organizaciones sociales. En ningún momento puede considerarse que la ecología política sea una «ideología parcial», ni que se reduzca a otro pensamiento político (capitalista, comunista o socialdemócrata —cada uno con sus numerosas variantes—). Surge en un momento histórico preciso y responde a una determinada crisis social, ecológica y económica que los otros pensamientos mencionados no sólo no habían previsto sino que incluso habían provocado. Según los textos fundacionales de los verdes franceses, tanto el socialismo como el capitalismo privilegian la producción y descansan sobre la esclavitud del trabajo asalariado como fuente de la riqueza y como valor de referencia ético. Ambos tienden a un economismo reductor donde se olvida la dimensión humana, el deseo, la afectividad, no cuantificables. Además, estos dos modelos no se pudieron disociar de los dos imperialismos dominantes que arrastraron al resto del mundo a una competición a muerte por la hegemonía mundial. Ni en el plano económico, ni en el plano de la organización política y social, pueden servir de referencia ni aportar soluciones (Les Verts, 1984: 14). Por lo tanto, porque han sido incapaces de «pensar lo ecológico» y de no tener realmente en cuenta los factores no económicos (Viveret, 2002: 15), no se trata simplemente de reformar estas ideologías sino de proponer un nuevo camino, una nueva esperanza; en otras palabras, de realizar un nuevo proyecto civilizador.

## ■ La ecología política como radicalidad democrática

La consecución de la «sociedad convivencial», donde la herramienta moderna se pone al servicio de la persona integrada en la colectividad (Illich, 2006) y donde prima la biomimesis y la autocontención (Riechmann, 2008), implica realizar cambios profundos —de estilo de vida, de relaciones sociales, *in fine* de civilización, etc.— que cuestionan las bases de nuestras democracias representativas. Apoyándonos en el último texto de Gorz, podemos plantear que una incorporación fallida de los conceptos de solidaridad intergeneracional y solidaridad planetaria y el no tomar en conside-

ración el «imperativo de supervivencia» pueden llevar a la sociedad a un «fascismo verde»:

**Sin estas premisas, sólo se podrá evitar el colapso a través de restricciones, racionamientos, repartos autoritarios de recursos característicos de una economía de guerra. Por lo tanto, la salida del capitalismo tendrá lugar sí o sí, de forma civilizada o bárbara. Sólo se plantea la cuestión del tipo de salida y el ritmo al que va a tener lugar.** (2008b)

Por otro lado, la noción de *sostenibilidad* cuestiona radicalmente la visión occidental tradicional de interés general al ampliar las preocupaciones políticas en el «tiempo largo» (al referirse a las generaciones futuras) y en el espacio (al revelar la pertenencia de la humanidad a un espacio común sugiriendo una interdependencia ecológica entre los pueblos) (Boutaud, 2007). Sin embargo, se constata la incapacidad del sistema político y democrático actual para pensar el largo plazo y los intereses de los *no representados*, privilegiando los intereses a corto plazo (Jonas, 1995) y limitando además el interés general al Estado-nación.

Esta situación de partida empuja a la ecología política a esbozar una reflexión sobre los caminos que posibilitan el cambio y, por tanto, sobre la democracia como herramienta para deliberar sobre «el sentido de lo que hacemos en casa», desde el punto de vista económico, social y político. Por oposición a enfoques medioambientalistas y/o conservadores, la ecología política —por el cambio radical de rumbo que propone a largo plazo— adquiere una dimensión profundamente transformadora y revolucionaria. Sin embargo, al mismo tiempo, si bien rechaza los planteamientos antisistema o maximalistas de la *Gran revolución*, no rechaza el reformismo del día a día ni la «política de los pequeños pasos», ya que considera que queda un margen de transformación dentro del sistema capitalista (Lipietz, 2008). Este camino, que unifica acciones reformistas a corto plazo y objetivos radicales a largo plazo con el fin de desbordar al propio sistema, es denominado por los ecologistas y algunas corrientes socialistas como «reformismo radical», aunque también se conceptualizó en el ámbito del movimiento juvenil ecologista como «revolución lenta» (Chiche!, 1996). En palabras de Lipietz, esta visión, heredada de filósofos como Michel Foucault, se refleja en el sueño de «una multitud de microrrupturas, una revolución molecular nunca acabada» (2000c: 185).

Para llevar a cabo este planteamiento, la ecología política escoge por definición el camino del *ecopacifismo* y de la democracia definida de manera preferente como de base o participativa. Por ejemplo, desde el prisma de la bioeconomía, cuestiona el modelo democrático representativo vigente por estar poco adaptado a una producción y un consumo sostenibles. Frente a los sistemas centralizados, elitistas y con fuertes jerarquías excluyentes, un modelo descentralizado y participativo es la forma más eficiente de satisfacer las necesidades vitales de la población (Bermejo, 2007: 64). En este sentido, incluso el muy moderado Informe Brundtland, que plasmó la definición actual de *desarrollo sostenible*, defiende que la mejor manera para alcanzarlo es la descentralización del control de los recursos y la transmisión del derecho de voz y voto a las comunidades locales (CMMAD, 1988: 90). En el ámbito social, la aceptación de cambios radicales en los modos de vida y la predominancia del interés general local y planetario, presente y futuro, requieren una sociedad muy cohesionada y comprometida en la gestión de las políticas públicas. Garantizar la estabilidad y la permanencia de las grandes decisiones se convierte pues en la clave de una transición exitosa hacia una sociedad duradera. Por lo tanto, para obtener consensos fuertes a largo plazo, el proceso democrático en el ecologismo se basa en la interrelación y participación activa de los ciudadanos y de las comunidades en las decisiones públicas diarias y plurianuales. En este sentido, Murray Bookchin y la ecología social plantean la necesidad de un *compromiso social* en las temáticas ambientales a través

de nuevas formas de democracia directa, al igual que la interdependencia y la cooperación rigen de forma eficiente los ecosistemas y las relaciones entre especies (1999).

Por supuesto, la ecología política no idealiza la democracia local y participativa como transformadora o buena *per se* para el medio ambiente y la sociedad en su conjunto. Si los procesos participativos no se vinculan a otras iniciativas como la concienciación y la educación o no integran en cada momento una visión global —y una gobernanza transnacional y mundial—, nada apunta a que se pueda alcanzar una mejora automática del sistema vigente. Sin embargo, frente a visiones minoritarias en el conjunto vivo de la ecología política como la de John Barry, quien afirma que «desde el punto de vista puramente ecocéntrico la democracia es superflua o, en el peor de los casos, un complemento opcional» (Dobson, 1997: 49), entenderemos también por ecología política una filosofía y un pensamiento de la acción que pretende aumentar al máximo la autonomía de los seres humanos y no humanos:

La conexión entre ecología y democracia deja de ser débil [...] el autoritarismo queda excluido en el nivel del principio verde (y no por razones puramente instrumentales), del mismo modo que es excluido según el principio liberal: viola de forma fundamental los derechos de los humanos a decidir su propio destino. (Eckersley, en Dobson, 1997: 49)

Debería existir por tanto una conexión entre ecología política y democracia: la democracia —preferentemente participativa— es para la ecología política una condición necesaria, aunque no suficiente, para un proyecto emancipador basado tanto en el respeto de los ecosistemas como en la justicia social y la liberación del ser humano. Podríamos concluir con Lipietz que la ecología política nos dice qué efectos tienen nuestros comportamientos y prácticas, pero no es ella sino los seres humanos los que deben escoger el modo de desarrollo que desean, en función de la evolución de los valores en el debate público y democrático (2000a).

## Los partidos verdes en la arena política: de la teoría a la práctica



Llegará el día en que una sola zanahoria, con sólo verla, desencadenará una revolución. Paul Cézanne

Tras el intenso debate de ideas surgido de los años sesenta y la crítica antiproductivista de la sociedad industrial, la emergencia de una conciencia colectiva y una ideología ecologistas —es decir, unos valores, unos referentes y una utopía compartidos— permite dar cabida a la opción verde organizada en el espacio político. Así, durante los años setenta, junto con el nacimiento de organizaciones ecologistas en el seno del movimiento social como Amigos de la Tierra (1969) o Greenpeace (1971), vislumbramos una ebullición activista en torno a la construcción de «la única familia política internacional aparecida desde la segunda guerra mundial» (Los Verdes mundiales, 1992). Como veremos —principalmente a través de los textos fundacionales de los partidos verdes alemán, español y francés y de Los Verdes mundiales y europeos—, los partidos verdes comparten o ponen de relieve diferentes características, entre otras la de ser los principales herederos de los valores de 1968, su gran heterogeneidad en cuanto a sus orígenes, el sentimiento de desempeñar un papel histórico a favor de la supervivencia de la especie humana y unas grandes líneas programáticas semejantes.

Sobre todo, en sus principios comparten una desconfianza descomunal hacia los llamados partidos políticos tradicionales y las instituciones en general, así como el sentimiento de hacer política de manera diferente (apoyándose en lemas como el «Sonstige politische Vereinigung» en Alemania o «La politique autrement» en Francia). Esta ambigüedad respecto al formato de partido conocerá una seria evolución y reevaluación con la articulación global del movimiento verde, su llegada al poder y su consiguiente paulatina institucionalización. Implica hoy en día fuertes contradicciones en el seno del espacio verde y una interrogación legítima y necesaria sobre la capacidad de los partidos verdes de mantener vivas sus ansias de reformismo radical.

### ■ Los primeros partidos verdes: entre la radicalidad y la renovación

Se considera que el primer partido que promueve en el mundo una renovación social vinculada al respeto a la naturaleza es el Values Party de Nueva Zelanda, constituido en 1972.<sup>11</sup> Dos años después, René Dumont, ingeniero agrónomo y considerado el padre de la ecología política en Francia, se presenta a las elecciones presidenciales francesas apoyado por varias personalidades y asociaciones ecologistas, como Les Amis de la Terre. Proveniente del sector «tercer-mundista» y medioambientalista, su candidatura muestra una fuerte interpenetración inicial entre el movimiento social y asociativo ecologista y su incipiente traducción política a través de estructuras electorales puntuales y «biodegradables». Aprovechando el auge de la televisión y de los medios de masas, René Dumont se presenta como un «candidato limpio» y «pobre» y no duda en escenificar la escasez del agua y de los alimentos bebiendo un vaso de agua y comiendo una manzana en directo.<sup>12</sup> Aunque cosecha un tímido resultado, marca un hito simbólico en la construcción política de lo verde abriendo puertas a una estructuración mayor y permanente de la ecología en la política.

En 1980, en Karlsruhe (Alemania), se funda Die Grünen, el partido verde alemán, convertido desde entonces en el *partido verde madre*, no por su antigüedad sino por haber sido uno de los principales motores políticos e ideológicos del ecologismo en Europa y el mundo.<sup>13</sup> Nacidos del caos<sup>14</sup> —aplicando así la teoría schumpeteriana de la *destrucción creativa*—, Die Grünen, suma heterogénea de ecologistas radicales (*Fundis*), ecosocialistas, ecologistas reformistas (*Realos*) y ecofeministas (Riechmann, 1994: 189-211), se presentan como el *anti-parteien-partei* (el partido antipartido) y la alternativa *ecopacifista* a los partidos tradicionales. Convencidos de su papel histórico para luchar en contra del «no respeto de los derechos humanos, el hambre y la pobreza en el Tercer Mundo [...], la crisis climática y la confrontación militar» se presentan como el «cambio fundamental» tanto dentro como fuera de las instituciones políticas:

Los Verdes sabemos que esta movilización por parte de las fuerzas ecologistas y democráticas a nivel parlamentario y extraparlamentario, que debería haberse llevado a cabo hace tiempo, es totalmente necesaria. (Verabschiedete Satzungspräambel, 1980)

Por su parte, Les Verts franceses van aún más allá en la necesidad de competir por la hegemonía sociopolítica. En sus textos fundacionales establecen como objetivo no sólo la conquista democrática del poder político sino también del económico frente a los «dos imperialismos dominantes» capitalista y socialista:

No podemos escapar, nos guste o no, a la conquista del poder, no sólo político sino, sobre todo, y será aún más difícil, del poder económico. Tendremos que arrancar a los que los poseen, sociedades capitalistas, Estados

capitalistas o Estados «socialistas», no sólo los mandos políticos, sino sobre todo los medios de producción y de intercambio. (*Textes fondateurs des Verts*, 1984)

En España, la creación del partido verde sigue el mismo discurso que sus homólogos europeos, ya que el impulso viene directamente de la mano de una de las principales dirigentes de Los Verdes alemanes, Petra Kelly, que en los años siguientes se convierte en el icono del movimiento verde español (huérfano desde entonces de figuras locales). El 29 de mayo de 1983 y aprovechando su visita, dieciséis activistas ecologistas de todo el país firman el Manifiesto de Tenerife, donde, a pesar de mostrar un cierto recelo hacia las instituciones, plantean la fundación de un partido político como algo imprescindible:

Aunque somos plenamente conscientes de que los canales institucionales suponen un riesgo objetivo de ahogar el movimiento social, consideramos indispensable la existencia de una formación política comprometida con nuestra concepción global de la vida y de las relaciones del hombre con su entorno. (*Manifiesto de Tenerife*, 1983, punto III)

La creación de partidos políticos verdes corresponde pues a la necesidad de los y las militantes ecologistas, quienes, al haber perdido la confianza en los partidos productivistas clásicos tanto de izquierdas como de derechas, quieren contar con un movimiento que autogestionen y que los represente en la teoría y en la praxis. Frente a las prácticas políticas vigentes, los primeros partidos verdes muestran posturas muy críticas heredadas de la contracultura de 1968 y acompañadas de un compromiso radical con la democracia participativa. Tanto en la península ibérica como en el resto de Europa, se construye la idea de un partido verde a partir de un rechazo a las organizaciones jerárquicas, verticales y machistas. Bajo la influencia de los movimientos medioambientalistas, feministas, regionalistas y libertarios y con la aportación de las corrientes marxistas renovadoras, se intenta construir la opción verde desde la perspectiva de la horizontalidad, la igualdad de género y la participación activa de sus integrantes.

Asimismo, en opinión de Die Grünen, el cambio no sólo debe hacerse desde el punto de vista de la ecología sino también desde el de la «democracia de base, la no violencia y la autodeterminación de los seres humanos» (1980). En cuanto a Los Verdes españoles, en su manifiesto fundacional exponen que «los partidos políticos actualmente existentes en nuestro país no cubren la necesidad de dar respuesta a las aspiraciones de nuestro pueblo por conseguir cotas crecientes de calidad de vida y de disfrute adecuado de los recursos naturales». Por lo tanto, se hace imprescindible estar «en todas cuantas instancias consultivas, deliberantes y decisorias intervienen en el campo del Medio Ambiente», sin olvidar nunca «el ejercicio irrenunciable de la presión social». En otras palabras: una organización bípoda con un pie en los movimientos sociales y otro pie en las instituciones.

Como es el caso para Die Grünen y como constante para la mayoría de los ecologistas en política, esta aplicación concreta del concepto de *reformismo radical* conduce a una relación ambigua con el sistema político vigente y su herramienta central, el partido político. A la vez que se critica a este último por su inadecuación a los nuevos retos socioecológicos y por sus prácticas internas, aparece como una necesidad, un *mal menor* para tomar las riendas del cambio. Garton explica que la mayoría de los partidos verdes en el mundo, a pesar de una insatisfacción profunda con la democracia representativa, aceptan las reglas de juego de la democracia parlamentaria (véase el posible margen de actuación dentro del sistema). Sin embargo, se aceptan a menudo estas reglas de forma transitoria, oscilando entre propuestas de reformas de lo existente y medidas de desobediencia civil, siempre teniendo como telón de fondo la democracia participativa y

directa, señalada por Garton como uno de los catorce principios básicos de un partido verde (2008: 111).

## ■ La 'glocalización' verde

Tras esta primera fase marcada por una voluntad mezclada de radicalidad y renovación, el movimiento verde intenta dar pasos de organización a escala global. En vísperas de la Conferencia de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente y el Desarrollo de 1992 tiene lugar el primer encuentro mundial verde. Denunciando «una situación global de emergencia» y pidiendo «un nuevo modelo de desarrollo», los representantes de los partidos verdes recuerdan que ha llegado la hora de ir «más allá del “pensar global, actuar local”» y que también es necesario «actuar globalmente». Se comprometen así a «dar ímpetu a la ecología política y a la política verde tanto en el Norte como en el Sur». Aunque la declaración de 1992 da a entender que la ecología política tiene que desempeñar un papel histórico, la estructuración del movimiento verde mundial está todavía en pañales teóricos y prácticos. Además de una débil presencia de los países del Sur —incluso recordando que la ecología no es un «lujo del Norte»—, este primer encuentro tiene más bien un carácter coyuntural y de alcance parcial. Aprovechando el impulso y la proyección política de la Cumbre de la Tierra, se orienta más bien a la crítica de políticas concretas y todavía peca por su poca capacidad de aportar una visión global.

El primer congreso de Los Verdes mundiales en Australia en el año 2001 trata de remediar esta situación y profundizar en la globalidad de lo verde. Tras definirse en la Carta de Camberra —hoy referencia para el ámbito político ecologista— como «la red internacional de los partidos y movimientos políticos verdes», Los Verdes mundiales afirman el carácter transformador de la ecología política a través de la «necesidad de cambios fundamentales en las actitudes de la gente, en sus valores y sus formas de producir y vivir». Además, al no coincidir con ningún acto de la agenda política como en 1992, refuerzan el carácter permanente y holístico de la lucha ecologista y proponen principios estructurales e ideológicos que se fundamentan en la sabiduría ecológica, la justicia social, la democracia participativa, la no violencia, la sostenibilidad y el respeto de la diversidad. En mayo del 2008 en Sao Paulo (Brasil), el segundo congreso de Los Verdes mundiales intenta dar un paso más en la concreción de aspectos políticos y organizativos<sup>15</sup> al apostar por una estructura capaz de asegurar no sólo su presencia común en actos mundiales (como las cumbres de la ONU, de la Organización Mundial de Comercio, etc.) sino también su capacidad de hablar con una sola voz en dichos acontecimientos. De este modo se trata de reforzar la unidad ecologista y su capacidad de influencia de lo local en lo global, así como de vincular mejor el trabajo de base de los grupos ecologistas con la creciente presencia de miembros de los verdes en cargos de responsabilidad políticos.

A pesar de este empujón y de la extensión del movimiento verde en nuevas zonas de influencia como Asia o África —donde existe una fuerte competencia entre movimientos más o menos serios por apadrinar la *marca verde*—, cabe constatar que el desarrollo de la opción verde fuera de sus focos de mayor crecimiento —incluso en Norteamérica, pionera en las luchas y reflexiones ecologistas en los años sesenta— sigue estructuralmente débil.<sup>16</sup> Sin embargo, visto el amplio espectro de situaciones del panorama verde tanto en el Norte como en el Sur, es complicado concluir, en la línea de la tesis *postmaterialista* de Ronald Inglehart (1991), que la preocupación por el medio ambiente se vincula o aumenta con un nivel de bienestar material consolidado. Las afinidades entre ciertos movimientos ecofeministas y ambientalistas en el Sur con el proyecto político verde (véase por ejemplo el Green Belt Movement y Wangari Maathai en Kenia) muestran que el «ecologismo de los pobres» (Martínez Alier, 2005) puede a veces corresponder a la cons-

trucción de un espacio en torno a la ecología política. Por otro lado, como muchos actores de conflictos ecológicos en el Sur parecen reticentes a llamarse ambientalistas o ecologistas (y dado el descrédito de algunos partidos autoproclamados verdes), existe una dificultad real a la hora de vincular movimientos de base con clara orientación ecologista con la ideología verde y su traducción en política. Ahora sí, el paraguas de una organización mundial, impulsada por núcleos bien consolidados como Europa u Oceanía, da pie a una dinámica centrípeta que convierte lo *verde* en un punto focal de atracción y de interés tanto para movimientos ambientalistas deseosos de dar un paso más en su lucha como para otros más oportunistas en busca de una franquicia o de una reconversión política.

En Europa la organización y estructuración de la ecología en política ha llegado a un refinamiento mucho mayor que en el resto del mundo. Sustentándose en partidos con fuerte implantación en sus países respectivos (como en Alemania, Bélgica, Francia, Finlandia, Luxemburgo, Países Bajos, Suecia, Suiza, etc.), el movimiento verde ha sido la primera fuerza capaz de poner en marcha el primer partido de ámbito europeo: European Greens (Partido Verde europeo).<sup>17</sup> Haciendo suyos así el *carácter transnacional* —por tanto fuertemente europeísta— y las enseñanzas de la ecología política, y gracias a un fuerte sentimiento de pertenencia común, el Partido Verde europeo afirma su especificidad y establece sus fundamentos:

Los Verdes europeos hemos venido juntos con el fin de conformar nuestra propia familia política. Luchamos por una Europa libre, democrática y social en un mundo pacífico, justo y ecológicamente sostenible. Defendemos valores como la justicia, los derechos humanos y civiles, la sostenibilidad y el derecho de cada individuo a llevar sin miedo su propia vida. (*The Charter of the European Greens*, 2004)

De la misma manera, el ámbito juvenil verde sigue a grandes rasgos las pautas de desarrollo del movimiento verde. Por un lado, no parece sorprendente que la mayor implantación de organizaciones juveniles vinculadas de forma orgánica o no a un partido verde se encuentre en los países donde mayor implantación de la opción verde en política encontramos (Alemania, Finlandia, Suecia, etc.). Por otro lado, la fuerte capacidad de agrupación y organización en el ámbito europeo a través de la Federación de Jóvenes Verdes europeos —integrada en el 2008 por unas treinta organizaciones juveniles u ONG ecologistas—<sup>18</sup> contrasta con la dificultad de organización a escala continental en Latinoamérica, Asia o África. A pesar de esta debilidad estructural en estas regiones, la juventud verde también dio un paso hacia la «globalización» de su compromiso en vísperas del séptimo Foro Social Mundial en Nairobi en el 2007 con la creación de Global Young Greens, autodefinida como «una red mundial de jóvenes activistas y organizaciones juveniles verdes». Cabe destacar que en España la traducción de este espacio juvenil se construye al revés —de lo global a lo local—, es decir, sin apoyarse en el fragmentado y débil eslabón nacional verde, sino marcando sus referencias directamente a escala europea y mundial: «Aunque autónomos e independientes, asumimos con orgullo la utopía del Partido Verde europeo y de la carta de los verdes mundiales firmada en Cambera en el 2001, y planteamos nuestro deseo de actuar al lado de todas las organizaciones juveniles ecologistas de Europa» (Manifiesto fundacional de Jóvenes Verdes, 2005). A pesar de ser una iniciativa de base de «jóvenes ecologistas españoles», revela la creciente capacidad de atracción que ejerce el movimiento verde europeo en una dinámica arribabajo. Es la misma dinámica que obra en los países de Europa del Este y del Cáucaso, donde el impulso ideológico y el esfuerzo organizativo ya no vienen sólo del motor alemán sino también y cada vez más directamente del Partido Verde

europeo, lo que podríamos asemejar por su influencia a la *nueva organización madre verde*.<sup>19</sup>

## ■ Los Verdes ante el reto del poder: ¿historia de una desilusión o germen del cambio?

En paralelo a su *glocalización*, la ecología política se adentra en los arcanos del poder, donde pone —y sigue poniendo— a prueba sus planteamientos teóricos y prácticos. De hecho, muchos partidos verdes han llegado a cuotas de poder bastante importantes primero a nivel local y regional y luego a nivel nacional y continental, asumiendo cada vez más cargos de responsabilidad, y eso no siempre con personas —y un colectivo detrás— lo suficientemente preparadas. Por supuesto, asumir esos cargos de responsabilidad conlleva las inevitables contradicciones inherentes a la práctica del poder, sobre todo para un movimiento nacido al calor de la radicalidad y de las utopías revolucionarias. Después de haber dejado de ser «pequeños partidos movilizadores de conflictos», los verdes se han transformado en la década de los noventa en partidos dentro del sistema político. Su participación en gobiernos ha provocado profundas transformaciones, como el reforzamiento de los liderazgos y una estructura interna similar a los partidos tradicionales, y ha superado sus logros políticos en coaliciones gubernamentales a su capacidad de chantaje sobre sus socios (Valencia, 2006: 212-213).

Las decisiones tomadas por Joschka Fischer, activista destacado en varios grupos revolucionarios y anarquistas en los años sesenta y setenta, como ministro de Asuntos Exteriores de Alemania son un ejemplo de la dificultad para el movimiento verde —y, por extensión, para cualquier movimiento transformador— de conservar su autenticidad ideológica una vez dentro y en interacción con el sistema vigente.<sup>20</sup> Al mandar tropas alemanas a Afganistán con el beneplácito de Die Grünen, ¿incumplió Fischer los fundamentos pacifistas de la ecología política o, al contrario, permitió mantener la paz en la región? ¿Esta concesión en la política extranjera ha podido abrir a cambio la puerta a avances ecológicos en otros sectores, como por ejemplo la salida de la energía nuclear? ¿Fue éticamente aceptable y responsable este compromiso?

Podríamos extender esta reflexión a otro debate ecopacifista parecido y no resuelto en el seno del ecologismo político europeo: frente a la opción de rechazo rotundo de cualquier organización militar, ¿debería aceptar el ecologismo político que la Unión Europea se dotase de un ejército federal capaz de asegurar la defensa del territorio europeo y de ser fuerza de paz en el mundo? Además de mostrar concepciones opuestas de la naturaleza humana (que van desde Rousseau hasta Hobbes), esta confrontación del ideario verde con la inercia y los márgenes de actuación dentro del propio sistema capitalista es fuente de fuertes conflictos internos y estructurales dentro del movimiento verde. En el fondo, es una consecuencia casi ineluctable del rasgo fundacional basado en el oxímoron *partido antipartido*. Conllevó en los años ochenta la lucha entre los *Realos* y los *Fundis*, que resaltaba la tensión dialéctica entre los posibilistas y defensores de la *Realpolitik* y los guardianes de los *Fundamentos* y de las organizaciones de base. ¿Hasta dónde tiene que aceptar el movimiento verde, tal y como lo preconiza el *Realo* Daniel Cohn-Bendit, «el riesgo del compromiso donde se pierde la pureza ideológica para afrontar lo real de la acción y de la eficacia»? (Cohn-Bendit y Mendiluce, 2000: 46). Sin duda, además de su transformación en un partido más dentro del sistema político tradicional y sin la perspectiva de convertirse en socio mayoritario a corto o medio plazo, la dificultad de compatibilizar el reformismo de los pequeños pasos y la radicalidad transformadora del largo plazo es una de las mayores contradicciones actuales del movimiento verde. Al mismo tiempo, considero que es también el germen y motor de una fecundidad innovadora e ideológica que queda sin

embargo supeditada a la capacidad de mantener una cohesión y una coherencia internas en torno a unos valores fundacionales, so pena de dejar la ecología política huérfana de representación política.

### A modo de conclusión:

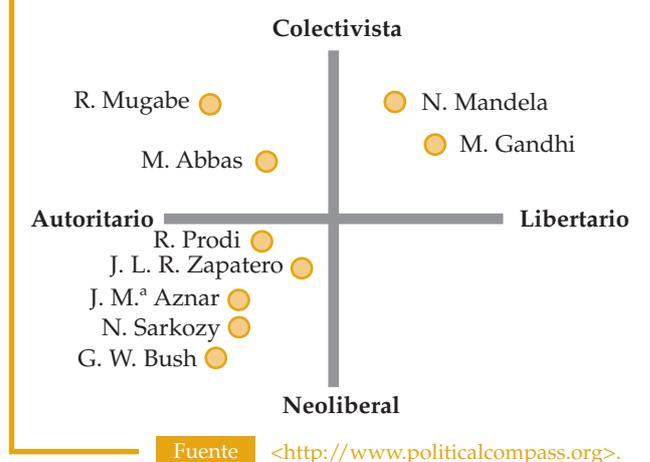
## 5 ¿es la ecología política de izquierdas?

Desde la aparición del movimiento ecologista en la escena mediática, numerosas voces de pensadores y teóricos discuten su posicionamiento en el tablero político heredado de la oposición entre izquierda y derecha, entre capital y trabajo. Frente a este panorama binario, Los Verdes alemanes en su fundación en 1984 hicieron famoso el lema «la ecología no está ni a la izquierda ni a la derecha, sino que va hacia delante», mientras que el ecologismo político francés establecía el «ni-ni»: ni de izquierda, ni de derecha. A pesar de estas intenciones iniciales, tras casi veinticinco años de la fundación de estos dos partidos, los hechos nos recuerdan que la ecología se ha acoplado mejor en el lado izquierdo del tablero político. Parecía haberse zanjado el tema tras el gobierno rojiverde alemán de 1998 al 2005, la voluntad de Los Verdes franceses a partir de 1994 de pactar sólo con partidos de izquierdas —y su aplicación concreta en la *gauche plurielle* entre 1997 y el 2002—, las experiencias vascas y andaluzas de Los Verdes con Izquierda Unida y/o el PSOE,<sup>21</sup> o el dominio ideológico y político en el conjunto ecologista español del ecosocialismo. Por ello, Valencia postula que podemos hablar de un modelo de «izquierda verde», orientado hacia un «socialismo sostenible» (2006: 214). Sin embargo, a la hora de la europeización más intensa del espacio ideológico y político, considero que una serie de evoluciones deben hacernos reflexionar sobre la existencia de un *modelo autónomo de ecología política*. Así, la fuerte evolución del ecologismo político en los países del Este,<sup>22</sup> las coaliciones de centro-derecha a escala nacional en Irlanda, Finlandia o la República Checa, la dinámica de unión de los ecologistas en Francia, la persistencia de una dinámica en el Estado español en busca de un espacio propio y el amplio debate ideológico que agita el movimiento verde europeo acerca del liberalismo o del margen de actuación dentro del sistema capitalista<sup>23</sup> nos incitan a reabrir el debate en torno a las relaciones entre ecologismo, socialismo e izquierdas y pensar en sus implicaciones prácticas.

### ■ La ecología política en el nuevo escenario de la complejidad

Primero, sin que pretendamos redefinir aquí las nociones de derecha e izquierda, parece relevante plantear un modelo básico de análisis. Mientras que en España se siguen clasificando las teorías y fuerzas políticas según un eje tradicional y unidimensional (derechas/izquierdas),<sup>24</sup> los anglosajones utilizan a menudo un esquema bidimensional basado en el eje clásico —de corte económico— izquierda/derecha y otro eje de corte social autoritario/libertario. Como se puede observar en la figura 1, esta primera distinción permite resaltar unos matices o semejanzas relevantes sobre orientaciones ideológicas que se suelen confundir o alejar de forma abusiva en el eje unidimensional. Principalmente, en tales análisis, observamos por un lado la confluencia entre sistemas totalitarios, ya que el autoritarismo (véase Pol Pot o Stalin) no es únicamente una consecuencia de ideologías de «derechas», y por otro lado la creciente cercanía entre ideologías de los principales partidos en el poder en las sociedades occidentales. Más allá de los discursos y etiquetas de cada cual, las

Figura 1 Principales líderes políticos en un esquema ideológico bidimensional



comparaciones (por ejemplo, entre los diferentes partidos de izquierdas en el mundo)<sup>25</sup> podrían dar un resultado sorprendente. Seguramente la «Izquierda» (y por tanto el eje izquierda/derecha), más que un concepto bien definido hoy en día, se sustenta en un imaginario colectivo histórico que no refleja la diversidad del panorama ideológico.<sup>26</sup>

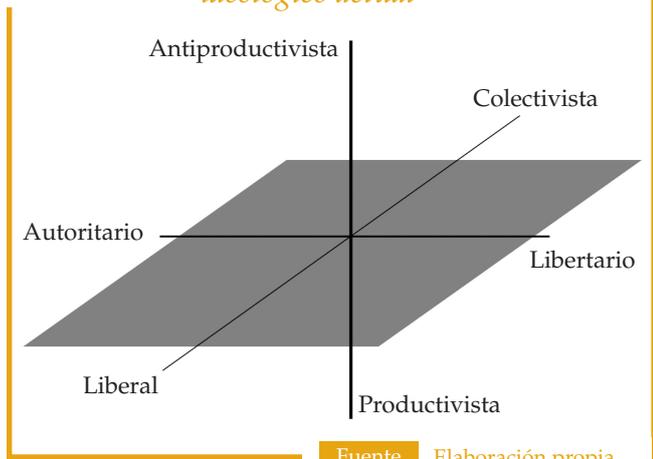
Es necesario superar por tanto el análisis unidimensional, pero también el bidimensional, y evolucionar hacia un esquema tridimensional. De hecho, con la llegada del ecologismo en el terreno sociopolítico y la necesidad de tener en cuenta también los aspectos medioambientales, este tercer eje corresponde a la dialéctica fundamental planteada por la ecología política entre productivismo y antiproduccionismo. Dada la magnitud de la crisis ecológica y si se considera que la oposición entre capital y trabajo ya no es determinante sino que lo crucial es la cuestión de la orientación de la producción, postulo que *el eje productivista/antiproduccionista se convierta en un eje estructurante y autónomo*. De hecho, desde una perspectiva ecologista fuerte, no supone diferencia apreciable quién posea los medios de producción, «si el proceso de producción en sí se basa en suprimir los presupuestos de su misma existencia» (Dobson, 1997: 55). Este prisma contradice en parte el análisis de Gomà y Rius, que utilizan el «eje ecológico emergente» para hacer una nueva lectura de los dos ejes tradicionales, quedándose en una visión binaria del panorama ideológico y político en torno a los conceptos dominantes de izquierda y derecha (2006: 259-260). Aunque este debate puede parecer a primera vista nominalista, tiene sus consecuencias a la hora de definir el lugar y las estrategias de la ideología verde en el tablero político y sobre todo trasladarla a la praxis política diaria, tal y como lo expresa Lipietz:

Superar la única crítica del «¿cuánto cuesta?, ¿cuánto ganan?» y plantearse el «¿para qué sirve?, ¿cuál es el sentido de este trabajo?» extiende de manera considerable la crítica del desorden existente, pero también el alcance de las posibles coaliciones sociales para combatirlo. (2006)

Por lo tanto, como primer acercamiento, llegamos a un nuevo mapa tridimensional que supongo más adaptado a la complejidad de nuestras sociedades y los nuevos retos socioecológicos (véase la figura 2).

Ahora bien, tratemos de ubicar en este escenario tridimensional de la complejidad la ecología política (véase a modo de resumen la figura 3). Frente a estas fracturas sobre el eje unidimensional izquierda/derecha, esta ideología tal y como ha

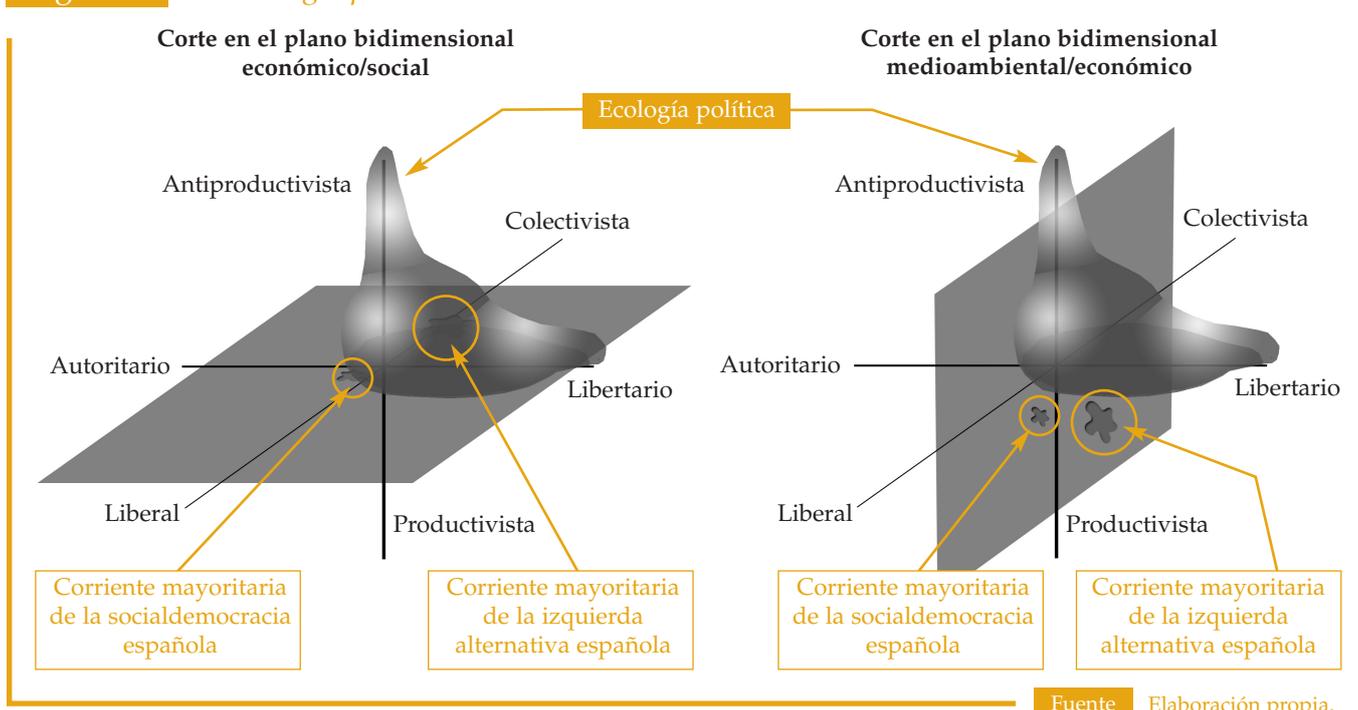
**Figura 2** *Los tres ejes del panorama ideológico actual*



sido definida en este estudio aporta una visión crítica, transformadora y global que tiene en cuenta y vincula permanentemente los aspectos ecológicos y sociales. Primero, al luchar por una sostenibilidad fuerte —su identidad fundadora y federadora—, la ecología política se sitúa en el lado antiproduccionista del eje productivismo/antiproduccionismo. Segundo, tal y como hemos visto, la ética de la liberación, la lucha por la emancipación y las referencias continuas a la *autonomía* y libre producción individual están en el corazón de la ecología política. Al defender la participación de base y la libertad y al criticar el papel de las autoridades jerárquicas o burocráticas del Estado —y su injerencia en la vida de sus ciudadanos— y de las instituciones esclavizantes denunciadas por Illich, tiende a inclinarse por tanto hacia el eje «libertario». En este contexto, donde se entremezclan raíces anarquistas (Bookchin, 1988), existen puntos de conexión tanto con la izquierda libertaria como con la matriz liberal —y la consiguiente importancia de los derechos individuales—, siempre contrarrestado sin embargo por la noción de solidaridad.

En cuanto al eje económico izquierda/derecha, no se puede llegar a una conclusión tajante, dado el amplio abanico de posturas actuales en la familia ecologista. Si se admite que el ecologismo en Europa, y por tanto sus propuestas económicas, puede variar desde el ecoliberalismo hasta el ecosocialismo, puede considerarse a menudo la economía ecológica como un objeto difícil de identificar y ubicar para los economistas. Se podría avanzar que la economía desde un punto de vista ecologista tiende a rechazar al mismo tiempo las tesis neoliberales y el marxismo ortodoxo, sin descartar por dogma y principios cualquiera de sus aportaciones o cualidades. Así, además de plantear la imprescindible necesidad de regulación de la economía y del mercado y «una planificación descentralizada», René Passet suele escribir que el mercado posee dos virtudes: por un lado, su cualidad de «**liberador y catalizador extraordinario de iniciativas individuales**», y, por otro, una impresionante aptitud para multiplicar los centros de decisión que le confiere una gran «**capacidad de adaptación**» (2001). La búsqueda de una tercera vía entre colectivismo y liberalismo es constante. Y por lo menos se asienta en un principio de la bioeconomía: un subsistema no puede regular un sistema que lo engloba (véase el apartado «La ecología política como antiproduccionismo»). En este marco se plantean varias propuestas, que van desde el decrecimiento y «**la descolonización del imaginario colectivo**» (Latouche, 2008) hasta la economía plural con mercado (y no «de mercado») que apuesta por el decrecimiento de la huella ecológica sin rechazar el crecimiento allá donde sea posible y deseable. En todos los casos, los postulados ecologistas llegan también a apostar por iniciativas y sectores, como la llamada «**economía de la gratuidad**» (Gorz, 1997) o la «**economía solidaria y social**», que escapa tanto a la lógica del mercado como a la lógica público-estatal (Lipietz, 2002). Por último, al criticar la sociedad industrial del trabajo asalariado y la huida hacia delante del productivismo a través del triángulo «producción, empleo, consumo» (Roustang, 2003), el ecologismo —aunque no de forma unánime—<sup>27</sup> cuestiona la meta del pleno empleo en clara contradicción no sólo con el capitalismo dominante sino también con la gran mayoría de los planteamientos de los sindicatos y los movimientos de izquierdas. Esta crítica a la sociedad del trabajo subyace tam-

**Figura 3** *La ecología política en el escenario tridimensional*



bién en la voluntad de desconectar de manera más o menos radical la renta y la contribución productiva para, entre otras razones, frenar el crecimiento y disminuir el consumo. De esta manera se puede explicar que las formaciones ecologistas están en la primera fila de las fuerzas políticas que han mostrado en los países industrializados un interés manifiesto —lo que no significa consenso interno— por la renta básica de ciudadanía (Parijs y Vanderborcht, 2006: 115-118).<sup>28</sup> Estas diferentes brechas abiertas por el ecologismo son estructuralmente un ataque al sistema capitalista basado en la acumulación, el fetichismo de las mercancías y la explotación del trabajo asalariado, lo que lo aleja de las teorías neoclásicas dominantes. Sin embargo, y a pesar de su apuesta por la regulación, afirmar esto no significa que el ecologismo se pueda asimilar a teorías marxistas o keynesianas: las tres teorías pueden converger en herramientas de análisis e instrumentos prácticos, pero planteo que existe una ruptura epistemológica y conceptual profunda que se analiza a continuación.

## ■ Ecología política y (eco)socialismo

Puesto que se ha profundizado poco en la ruptura entre ecologismo y socialismo —pero sí bastante en la incompatibilidad entre capitalismo y ecología—, nos adentraremos aquí en las relaciones ambiguas que mantienen ambas ideologías en el campo ideológico y político. Esto es especialmente necesario en España, dada la fuerte influencia del ecosocialismo, con aportaciones de gran calado, como las de Manuel Sacristán o Jorge Riechmann. A primera vista, el mapa ecologista parece asemejarse bastante a un encuentro de suma positiva entre dos mundos de trayectoria social e histórica a priori distinta. Sin embargo, por las razones esgrimidas más arriba, es preciso estudiar de forma más detenida —aunque no exhaustiva— las relaciones teóricas que mantienen ambas ideologías.

Por supuesto, como recuerda Dobson, la cuestión de si el socialismo y la ecología política son o no compatibles depende de una pregunta preliminar: ¿de qué clase de socialismo estamos hablando? (1997). De antemano descartaremos cualquier relación entre el marxismo ortodoxo y la ecología política. A lo largo de este estudio, hemos definido un ecologismo opuesto al colectivismo, a cualquier forma de violencia y de dictadura (del Estado, del «Partido», del proletariado, etc.), y, sobre todo, al productivismo, ya sea capitalista o socialista. Por estas razones Gorz apuesta en su libro *Adiós al proletariado* (Gorz y Gil, 1981) por una fuerte ruptura con este marxismo dominante. Pero, y sin renunciar nunca a su anticapitalismo, Gorz trata de superar el marxismo y profundizar en la relación entre la emancipación de los individuos y la crítica radical del productivismo y el consumismo. Afirma que hay que luchar «más allá del socialismo» y de la revolución industrial y manifiesta con claridad que el capitalismo puede vivir, sobrevivir y convivir con sus contradicciones. Además, dirige una dura crítica al culto primitivo del «proletariado mítico» (1981), así como a la glorificación del trabajo asalariado, cuando pregunta: ¿nos atreveremos a emprender el éxodo fuera de la sociedad del trabajo? (Gorz, 1997). Frente a la idea de que la lucha de la clase obrera —como núcleo del materialismo histórico— permitirá la emancipación de toda la sociedad, Lipietz constata que existe una diversidad profunda de situaciones, intereses y aspiraciones sociales que dificultan los enfoques marxistas de la «unidad popular» en torno al «proletario-asalariado-obrero». Al contrario, llama a construir la ecología política a partir de una base social plural y que no deriva directamente de los intereses inmediatos, ni siquiera históricos, de unos u otros (2000c: 194). Por otro lado, el filósofo Viveret considera que el socialismo comparte con el liberalismo —a pesar de la violencia de sus conflictos sociales y políticos— una misma base cultural: para ambos lo esencial,

la infraestructura, descansa en la economía que a través del llamado «trabajo productivo» es la base de cualquier riqueza posible. Las raíces del socialismo conllevan por tanto una incapacidad de pensar lo ecológico (al ser la naturaleza y los bienes abundantes puros factores de producción) y un determinismo antropológico donde el *homo economicus* desempeña un papel central en la Historia (Viveret, 2002).

Si no existe relación ideológica con el socialismo dominante, ¿qué relación existe entre ecologismo y ecosocialismo? Para ello, demos primero la palabra al primer manifiesto ecosocialista para contestar a la pregunta arriba planteada de Dobson «¿de qué socialismo estamos hablando?»:

Entendemos por socialismo no las expresiones particulares que le han dado los partidos que lo utilizan como referencia, sino ese vasto movimiento histórico que surgió hacia 1830 y cristalizó en varias corrientes antes de encarnarse primordialmente en la obra de Marx y en las elaboraciones que la desarrollaron, y que constituyó varias Internacionales. Todas estas manifestaciones fracasaron históricamente. (Antunes y otros, 1993: 57)

En otro manifiesto ecosocialista, Lowy y Kovel confirman este enfoque:

Vemos el ecosocialismo no como la negación sino como la realización de los socialismos de primera época del siglo xx, en el contexto de la crisis ecológica. (2002)

Como vemos, al inspirarse en filosofías como el socialismo descentralizador y no autoritario o el socialismo utópico, en Rosa Luxemburgo y en algunas corrientes anarquistas y libertarias, el ecosocialismo, al igual que la ecología política, se opone claramente al marxismo-leninismo y el estalinismo. Además, al rechazar tanto el productivismo capitalista como las «cadenas productivistas, patriarcales y estatalistas» de algunas formas de socialismo (Antunes y otros, 1993: 58) o «las estructuras productivistas de las variantes burocráticas del socialismo» (Lowy y Kovel, 2002), comparte también con la ecología política una crítica de los productivismos dominantes.

Por lo tanto, ¿qué diferencia ambas visiones del mundo? ¿Son ideologías distintas o pertenecen al mismo ideario? En el fondo, nos podríamos preguntar, como en el manifiesto de Lowy y Kovel: «¿Por qué el socialismo, por qué revivir esta palabra en apariencia destinada al basurero de la historia debido a los fracasos de sus interpretaciones en el siglo xx?». Mientras que para unos la ecología política incita a «considerar el movimiento por el socialismo de una manera más amplia, más abierta y [...] más realista» (Antunes y otros, 1993: 58) y que para otros «la noción de socialismo sigue expresando la superación del capital» (Lowy y Kovel, 2002), Lipietz teoriza la necesaria evolución de «lo rojo a lo verde», llegando a utilizar el provocador término de «postsocialismo» para la ecología política (1999). En un polémico artículo sobre ecología política y el futuro del marxismo,<sup>29</sup> Lipietz (2000c) plantea que el marxismo está agotado como sistema de pensamiento práctico y como guía para la acción transformadora de la sociedad, en resumen, como paradigma. A pesar de compartir la visión materialista, dialéctica e historicista del marxismo, cree que la ecología política se opone a éste en el punto capital del «progreso de las fuerzas productivas». El paradigma verde no es un progresismo, ya que no concibe la Historia como la historia de un progreso, y el materialismo histórico y dialéctico verde no es teleológico y más bien pesimista (2000c: 183-184). Sobre todo el problema del marxismo reside en su programa y eje estructural basado en el papel central de la producción. La reducción de la historia natural del género humano a la actividad de transformación de la naturaleza por los productores consiste en la mayor contradicción respecto a la ecología política, lo que lleva a Lipietz a afirmar lo siguiente:

Marx ve la historia como una artificialización progresiva del mundo [...]. Es totalmente partícipe de la ideología bíblico-cartesiana de la conquista de la Naturaleza. (Ibídem: 186-187)

Ante las propuestas de ecomejoras del núcleo duro del marxismo, Lipietz propone por tanto una «sustitución radical de paradigma: reconstruir el materialismo en torno a otro tronco común [la ecología política], con elementos reciclados cogidos de las ruinas del antiguo paradigma marxista» (ibídem: 188).

Así, mientras que Lowy y Kovel opinan que, «por muy golpeado» que esté, el ideal socialista sigue pendiente de realización, autores como Lipietz nos incitan a preguntarnos si la idea de «socialismo» sigue siendo capaz tanto teórica como prácticamente de movilizar las conciencias y de ser la referencia utópica, incluso basándose en el «socialismo idealmente existente». El propio Marx escribía que nuestro modo de interpretación debe adaptarse al mundo social contemporáneo y, por lo tanto, debe cambiar con la Historia (1973). Dicho de otra manera, sin que se tenga que renunciar a algunos aspectos económicos y sociológicos desarrollados por Marx (fuente «inmortal», según Lipietz [2000c: 181]) y los socialistas minoritarios, la ecología política postula que existe la necesidad histórica de superar estos pensamientos teóricos y prácticos. Frente a la crisis ecológica y de civilización, se autodefine como la nueva matriz transformadora para que la especie humana se proteja de sí misma y sobreviva en condiciones decentes para todos hoy y mañana. Según Lipietz, se convierte así en la «nueva esperanza» para el siglo XXI, lo que conlleva asumir sin complejos la ecología política para referirse a la complejidad del mundo y a las nuevas fuerzas transformadoras (2002).

En este marco, puesto que es una crítica principalmente no marxista de una *superideología productivista*, planteo que la ecología política no es reductible o asimilable al ecosocialismo. Sin embargo, tampoco se trata de llegar al otro extremo y negar que la ecología política y el ecosocialismo compartan puntos de encuentro en torno a la crisis ecológica —la lectura del manifiesto ecosocialista de 1989 deja patente la amplitud de acuerdos—. Al contrario, considero que el ecosocialismo comparte suficientes fundamentos antiproductivistas con la ecología política para que, si se lleva a sus últimas consecuencias la crítica del marxismo, se aleje paulatinamente de su matriz socialista y se produzca un acercamiento cada vez mayor a la matriz ecologista. Las evoluciones recientes, vistas desde una perspectiva europea,<sup>30</sup> avalarían esta tesis: el ecosocialismo tiende a transformarse en una corriente interna del movimiento verde, donde representa una interpretación marxista, hoy en día minoritaria en Europa, de la ecología política. Aunque seguramente dará lugar a alguna que otra polémica, se constata en términos prácticos que en el seno del Partido Verde europeo la corriente ecosocialista convive de facto con las corrientes ecopacifistas, ecofeministas, ecologistas sociales, ecoliberales, medioambientalistas, etc., y todas parecen tener futuro conjunto bajo el paraguas del ecologismo en la política. En el plano teórico se puede explicar esta evolución por la conversión del eje productivista/antiproductivista en el eje estructurante y determinante donde el ecosocialismo y las demás corrientes tienden a tener más en común que el ecosocialismo y el socialismo productivista.

En el caso español, la hegemonía ecosocialista corresponde más bien a factores históricos y locales, como la llegada tardía de la democracia y el papel de los partidos comunistas en la lucha antifranquista y la transición, así como en la posterior estructuración de los movimientos transformadores. Estos factores desembocaron en una debilidad orgánica del movimiento verde —reforzada por las cuestiones nacionales, una fuerte división interna y la dificultad de representar la correa de transmisión política del movimiento social ecologista— y en el desarrollo de una potente escuela ecosocialista. Aunque la izquierda verde haya sido el modelo más desa-

rollado en España, considero que al entender y definir la ecología política como una ideología global es necesario profundizar la reflexión sobre un modelo de ecología política autónomo, que al mismo tiempo sea incluyente, aglutinador y permeable y se encuentre en interacción con otras experiencias y modelos cercanos. A la hora de una creciente *glocalización* y europeización de lo verde, cuya influencia es cada vez mayor en nuestro propio tejido sociopolítico, la teorización del nuevo paradigma ecologista y su praxis política quedan todavía en gran parte por escribir.

**Agradecimientos.** Quiero dar las gracias a Jesús Casquete, Lara Pérez Dueñas y Fernando M. Pérez Herranz por su revisión atenta y crítica, así como a otros lectores cuyas aportaciones han permitido una mejora sustancial de los contenidos de este cuaderno e implican un cuestionamiento personal continuo y dinámico. Un especial agradecimiento a Lara por su dominio del espacio tridimensional.

## NOTAS

1. En Canadá (1886 y 1887), Australia (1886), Nueva Zelanda (1894), Sudáfrica (1898), Argentina (1901), etc.
2. El Gobierno federal crea la agencia Erosion Soil Service.
3. Estas observaciones llevan a Georgescu-Roegen a establecer una «cuarta ley de la termodinámica» que afirma que la materia, al igual que la energía, está sujeta a la entropía: «Matter matters too». Según esta ley, la materia también se degrada de manera irreversible y no es totalmente reciclable.
4. Estadístico, matemático y teórico americano de la ecología (1880-1949), Alfred Lotka fue pionero en el enfoque biofísico de la economía y es padre de los conceptos *endosomático* y *exosomático*. Lotka propone el término *exosomático* para designar la evolución técnica acelerada de la especie humana que es parte integrante de la biosfera. Véase por ejemplo *Elements of Mathematical Biology* (1926; reed. 1956).
5. Minerólogo y geoquímico ruso-ucraniano (1863-1945), Vladimir Vernadsky elaboró el concepto de *noosfera*. También definió la ecología como la ciencia de la biosfera. Véase por ejemplo *La biosfera* (1997; ed. orig. 1926).
6. En particular, podríamos citar el naufragio del *Torrey Canyon* en marzo de 1967, la marea negra de Santa Bárbara en California en enero de 1969 y la enfermedad de Minamata debida a la contaminación con mercurio en Japón.
7. La capacidad de carga es el nivel de población que puede soportar un medio ambiente determinado sin sufrir un impacto negativo significativo. La capacidad de persistencia puede variar a lo largo del tiempo, en función de los factores de los que depende: cantidad de comida, hábitat, agua y otras infraestructuras vitales.
8. Incluso el Informe Brundtland sigue apostando por «una nueva era de crecimiento, un crecimiento vigoroso», y no fija ninguna prioridad entre lo económico, lo social y lo medioambiental, lo que lo ha convertido en una presa fácil para las fuerzas políticas y mercantiles dominantes (de «desarrollo sostenible» hemos pasado a un «crecimiento sostenible» y un sínfin de oxímoron).
9. Véase por ejemplo José Manuel Naredo, *Las raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*, Madrid, Siglo XXI de España, 2007.
10. El término *ecología* fue utilizado por primera vez por el biólogo Ernst Haeckel en su trabajo *Morfología general del organismo* (1866). Traducido del alemán *Ökologie*, está compuesto por las palabras griegas *oikos* (casa, vivienda, hogar) y *logos* (estudio), es decir, «el estudio de los hogares». Se refiere a la ciencia que estudia la relación triangular entre los individuos de una especie, la actividad organizada de esta especie y su medio ambiente, que es a la vez condición y producto de esta actividad, condición de vida de esta especie.

11. En 1973, el Green Party de Inglaterra es el primer partido registrado en Europa. En 1979 Daniel Brélaz se convierte en el primer diputado verde en un parlamento federal (Suiza).
12. Se puede ver su aparición televisada para la campaña electoral en la siguiente dirección: <[http://www.ina.fr/archivespour-tous/index.php?vue=notice&from=fulltext&full=ren%E9+dumo nt+verre+d%27eau&num\\_notice=1&total\\_notices=1](http://www.ina.fr/archivespour-tous/index.php?vue=notice&from=fulltext&full=ren%E9+dumo nt+verre+d%27eau&num_notice=1&total_notices=1)>.
13. Véase la Fundación Heinrich Böll, con sedes en todo el mundo.
14. Expresión utilizada por Wolfgang Proisinger en un artículo publicado en la revista *Der Tagesspiegel*: «Wie Pazifisten, Komunisten, Vogelschützer und Punks 1980 um eine Parteigründung stritten: die Geburt der Grünen aus dem Chaos», 13/01/05.
15. Los Verdes mundiales deciden dotarse de un secretariado y de recursos financieros permanentes.
16. El movimiento verde americano existe desde principios de los años ochenta y cuenta con una presencia local fuerte, que contrasta con la escasa articulación federal. Ha contado también con la fuerte influencia del abogado y activista Ralf Nader, conocido por su lucha en los movimientos consumistas a partir de los setenta. Con el impulso de la premio Nobel Wangari Maathai, que fue diputada por el Green Belt Movement en Kenia, la ecología intenta instalarse en África, y en agosto del 2006 se crea la Federación de los Jóvenes Verdes Africanos. En Asia, los verdes se van desarrollando poco a poco: incluso han conseguido representación local en el 2007 en Japón, y hasta en China —y en la ilegalidad— existe el Partido Verde.
17. En 1984 se pone en marcha la Coordinación de los Partidos Verdes europeos. En 1993 se transforma en Federación de los Partidos Verdes europeos y en el 2004 se crea en Roma el Partido Verde europeo.
18. Véase la página web de la Federación de Jóvenes Verdes europeos: <<http://www.fyeg.org/>>.
19. La creación reciente de una Fundación Europea Verde es un indicio más en este sentido.
20. Podríamos tomar otros ejemplos de conflictos internos vividos en situaciones donde ecologistas ocupan altos cargos políticos y toman decisiones muy controvertidas en el seno de su partido: Dominique Voynet y su decisión de tramitar la autorización de algunos transgénicos como ministra de Medio Ambiente en Francia (entre 1997 y el 2001), la realización por parte del gobierno rojiverde alemán de la polémica reforma de las pensiones, etc.
21. En el País Vasco, Berdeak-Los Verdes e Izquierda Unida mantuvieron una federación entre 1994 y 1999, lo que permitió al representante verde Juanxo Domínguez conseguir un escaño en el Parlamento vasco. Sobre la experiencia andaluza, véase José Luis Martón, «La experiencia andaluza de Los Verdes», en Ángel Valencia (coord.): *La izquierda verde*, Barcelona, Icaria, 2006.
22. En los países del Este, existe un fuerte rechazo por parte de los movimientos verdes a cualquier idea de socialismo. Véase por ejemplo la relación complicada con el comunismo de los verdes checos (estuvieron a favor de la ilegalización de los símbolos comunistas en su país), heredada de su oposición y lucha en contra del régimen soviético.
23. Véase por ejemplo el debate acerca de la Constitución europea en los partidos verdes europeos y el apoyo de las grandes organizaciones ecologistas a la propuesta medioambiental de la Constitución europea más allá de las cuestiones económicas.
24. Como nota para reflexiones futuras, en estos tiempos de construcción europea y sobre todo en contextos como España y el País Vasco, marcados por esta dialéctica, haría falta seguramente reflexionar sobre la inserción de la cuestión del Estado-nación en este esquema. En este trabajo no nos extenderemos sobre este punto, pero la relación ambigua que mantienen ecología y nacionalismo, en detrimento del primero, requeriría un estudio más profundo sobre las relaciones, más allá de posibles acuerdos puntuales y casuales, entre el esencialismo y el romanticismo nacionalistas (el territorio como propiedad de un pueblo) y la universalidad y el «transnacionalismo» del ecologismo (la Tierra como unidad indivisible perteneciente a la humanidad).
25. Sólo en América Latina, entre el PRD (Partido de la Revolución Democrática) mexicano, el Frente Sandinista en Nicaragua, la izquierda indigenista boliviana, el Partido de los Trabajadores brasileño, el chavismo venezolano, etc., la clasificación no resultaría tan evidente en un eje bidimensional.
26. <<http://www.politicalcompass.org/analysis2>>.
27. El Partido Verde europeo, en su documento *A green economic vision of Europe*, ha llegado a un compromiso de superación del objetivo de «pleno empleo» hacia la «plena actividad».
28. Mientras el Partido Verde europeo sigue sin tomar una posición clara al respecto, partidos como el finlandés, francés o austriaco apuestan por la renta básica y otros muestran su rechazo (Países Bajos) o su fuerte división interna (Alemania). En España, la organización Jóvenes Verdes se ha posicionado a favor de la renta básica de ciudadanía: <[http://www.jovenesverdes.org/joomla/index.php?option=com\\_content&task=view&id=288&Itemid=56](http://www.jovenesverdes.org/joomla/index.php?option=com_content&task=view&id=288&Itemid=56)>.
29. En castellano existe una presentación y crítica de este artículo de Lipietz (disponible en francés e inglés en la página web del economista, <<http://lipietz.net/>>) realizada por Joaquín Valdivielso, «El ser natural humano. Ecologismo, marxismo y socialismo», en Ángel Valencia (coord.), *La izquierda verde*, Barcelona, Icaria, 2006. También existen respuestas a este artículo por parte de varios autores comarxistas y una réplica de Lipietz (disponible en inglés en <<http://lipietz.net/>>).
30. Iniciativa per Catalunya-Verds se ha convertido en miembro del Partido Verde europeo en el 2006 (Los Verdes del Estado español son miembros desde 1988), mientras que sus juventudes son miembro de pleno derecho de la Federación de Jóvenes Verdes europeos desde 1999. Mientras tanto, partidos verdes como el francés, incluso insistiendo en su apuesta por las izquierdas, acogen en su seno tanto a ex miembros del partido comunista, del PSU (Partido Socialista Unificado), etc., como a corrientes abiertamente liberales o más medioambientalistas.

## BIBLIOGRAFÍA

- ANTUNES, Carlos, Pierre JUQUIN, Penny KEMP, Isabelle STENGERS, Wilfried TELKÄMPER y Frieder Otto WOLF (1993): *Manifiesto ecosocialista. Por una alternativa verde en Europa*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2.ª ed.
- BERMEJO, Roberto (2001): *Economía sostenible. Principios, conceptos e instrumentos*, Bilbao, Bakeaz
- (2007): «El paradigma dominante como obstáculo para la sostenibilidad. La transformación epistemológica y paradigmática de la economía sostenible», *Ekonomiaz. Revista Vasca de Economía*, 64, 36-71.
- BOOKCHIN, Murray (1988): «Nosotros los verdes, nosotros los anarquistas», *Comunidad*, 63.
- (1999): *La ecología de la libertad: el surgimiento y la disolución de la jerarquía*, Móstoles, Nossa y Jara.
- BOUTAUD, Aurélien (2007): «Développement durable et démocratie. Le nécessaire renouvellement des institutions publiques», *Futuribles*, 329.
- CARPINTERO, Óscar (1999): *Entre la economía y la naturaleza. La controversia sobre la valoración monetaria del medio ambiente y la sustentabilidad del sistema económico*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
- CHICHE! (1996): *Pour une révolution lente*. Disponible en <[http://www.chicheweb.org/spip.php?article2&var\\_recherche=r%E9volution%20lente](http://www.chicheweb.org/spip.php?article2&var_recherche=r%E9volution%20lente)>.
- CMMAD (COMISIÓN MUNDIAL DEL MEDIO AMBIENTE Y DEL DESARROLLO) (1988): *Nuestro futuro común* (Informe Brundtland), Madrid, Alianza Editorial.
- COHN-BENDIT, Daniel (2008): Entrevista, *Télérama*, 3037. Disponible en <[http://www.telerama.fr/monde/26951-oubliez\\_mai\\_68\\_grand\\_entretien\\_avec\\_daniel\\_cohn\\_bendit.php](http://www.telerama.fr/monde/26951-oubliez_mai_68_grand_entretien_avec_daniel_cohn_bendit.php)>.

- y José María MENDILUCE (2000): *Por la tercera izquierda*, Barcelona, Planeta.
- DEGANS, François (1984): «Qu'est-ce que le productivisme?», en LES VERTS: *Textes fondateurs des Verts*.
- DIE GRÜNEN (1980): *Verabschiedete Satzungspräambel*, Karlsruhe.
- DOBSON, Andrew (1997): *Pensamiento político verde, una nueva ideología para el siglo XXI*, Barcelona, Paidós Ibérica.
- ELLUL, Jacques (1977): *Le système technicien*, París, Calmann-Lévy.
- ETXEBERRIA, Xabier (1994): *La ética ante la crisis ecológica*, Bilbao, Bakeaz (Cuadernos Bakeaz, 5).
- EUROPEAN GREENS (2006): *The Charter of the European Greens: European Green Party Guiding Principles*. Disponible en <[http://www.europeangreens.org/cms/default/rubrik/9/9341.the\\_charter\\_of\\_the\\_european\\_greens.htm](http://www.europeangreens.org/cms/default/rubrik/9/9341.the_charter_of_the_european_greens.htm)>.
- FERNÁNDEZ, Joaquín (1999): *El ecologismo español*, Madrid, Alianza Editorial.
- GARRIDO PEÑA, Francisco (1993): *Introducción a la Ecología Política*, Granada, Comares.
- GARTON, Pehr (2008): «¿Qué piensan los partidos verdes?», en *¿Se necesita una ideología verde?*, Cogito.
- GEORGESCU-ROEGEN, Nicholas (1996): *La Ley de la Entropía y el proceso económico*, Madrid, Fundación Argentina.
- GOMÀ, Ricard, y Marc RIUS (2006): «Iniciativa per Catalunya Verds (ICV). La izquierda verde de Catalunya», en Ángel VALENCIA (ed.) (2006): *La izquierda verde*, Barcelona, Icaria.
- GORZ, André (1982): *Ecología y política*, Barcelona, El Viejo Topo.
- (1997): *Misericordias de lo presente, riqueza de lo posible*, Barcelona, Paidós Ibérica.
- (2006): «L'écologie, une éthique de la libération», *EcoRev'. Revue Critique d'Écologie Politique*, 21 (otoño-invierno 2005-2006).
- (2008a): *Carta a D.*, Barcelona, Paidós Ibérica.
- (2008b): «Le travail dans la sortie du capitalisme», *EcoRev'. Revue Critique d'Écologie Politique*, 28 (otoño-invierno 2007-2008). Disponible en castellano en <<http://www.ecopolitica.org/>>.
- y Miguel GIL (1981): *Adiós al proletariado*, Barcelona, Ediciones 2001.
- GRINEVALD, Jacques (1996): «Prólogo», en Nicholas GEORGESCU-ROEGEN: *La Ley de la Entropía y el proceso económico*, Madrid, Fundación Argentina.
- ILLICH, Iván (2006): *Obras reunidas* (rev. Valentina Borremans y Javier Sicilia), México, Fondo de Cultura Económica, vols. I y II.
- INGLEHART, Ronald (1991): *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- JONAS, Hans (1995): *El principio de responsabilidad: ensayo de una ética para la civilización tecnológica*, Barcelona, Herder.
- KELLY, Petra, y otros (1983): *Manifiesto de Tenerife*.
- LATOUCHE, Serge (2008): *La apuesta por el decrecimiento. ¿Cómo salir del imaginario dominante?*, Barcelona, Icaria.
- LES VERTS (1984): *Textes fondateurs*.
- LAPIETZ, Alain (1999): *L'écologie est un post-socialisme*, <<http://lipietz.net/spip.php?article228>>.
- (2000a): «L'écologie politique, remède à la crise du politique?», *AGIR*, 3. Disponible en castellano en <<http://www.berdeak.org/LIPIETZ.htm>>.
- (2000b): «Qu'est-ce que l'écologie politique?». Ponencia presentada en Saint-Denis (Francia), disponible en <<http://lipietz.net/spip.php?article212>>.
- (2000c): «Political Ecology and the Future of Marxism», *Capitalism Nature Socialism*, 39.
- (2002): *¿Qué es la ecología política? La gran transformación del siglo XXI*, Santiago de Chile, Instituto de Ecología Política.
- (2006): «Du rouge au vert. Portrait d'Alain Lipietz par Alain Lipietz», *EcoRev'. Revue Critique d'Écologie Politique*, 21 (otoño-invierno 2005-2006).
- (2008): «André Gorz et notre jeunesse», *Multitudes*, 31, 163-169.
- LOS VERDES MUNDIALES (1992): *Resolución final del primer encuentro mundial verde*, Río de Janeiro.
- (2001): *Carta de Camberra*.
- LOWY, Michael, y Joel KOVEL (2002): «Ecosocialist manifesto», *Capitalism Nature Socialism*, 13 (1). Disponible en castellano en <<http://www.manueltalens.com/lecturas/manifiesto.htm>>.
- MARCELLESI, Florent (2007a): «Desarrollo, decrecimiento y economía verde», *The Ecologist para España y Latinoamérica*, 31.
- (2007b): «André Gorz vive, la lucha ecologista sigue», *Ecología Política*, 34, 124-125.
- (2008): «Nicholas Georgescu-Roegen, padre de la bioeconomía», *Ecología Política*, 35, 143-144.
- MARTÍNEZ ALIER, Joan (2005): *La ecología de los pobres*, Barcelona, Icaria.
- y Klaus SCHLÜPMANN (1991): *La ecología y la economía*, México, Fondo de Cultura Económica.
- MARX, Karl (1973): *Grundrisse* (trad. Martín Nicolaus), Nueva York, Vintage.
- MÉDA, Dominique (1999): *Qu'est ce que la Richesse?*, París, Aubier.
- MOON, Michael (2008): «Hacia una ideología verde», en Per GAHRTON: *¿Se necesita una ideología verde?*, Cogito.
- PARIS, Philippe van, y Yannick VANDERBORGHT (2006): *La renta básica, una medida eficaz para luchar contra la pobreza*, Barcelona, Paidós Ibérica.
- PASSET, René (1996): *Principios de Bioeconomía*, Madrid, Fundación Argentina.
- (2001): *La ilusión neoliberal*, Barcelona, Debate.
- PRIGOGINE, Ilya, e Isabelle STENGERS (1983): *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*, Madrid, Alianza Editorial.
- RIECHMANN, Jorge (1991): *¿Problemas con los frenos de emergencia? Movimientos ecologistas y partidos verdes en Holanda, Alemania y Francia*, Madrid, Talasa.
- (1994): *Los Verdes alemanes*, Granada, Comares.
- (1995): «Desarrollo sostenible: la lucha por la interpretación», en Jorge RIECHMANN, José Manuel NAREDO, Roberto BERMEJO, Antonio ESTEVAN, Carlos TAIBO, Juan Carlos RODRÍGUEZ MURILLO y Joaquín NIETO: *De la economía a la ecología*, Madrid, Trotta, 11-35.
- (2008): *Biomímesis. Ensayo sobre imitación de la naturaleza, ecosocialismo y autocontención*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
- ROSTOW, John (1961): *Las etapas del crecimiento económico*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ROUSTANG, Guy (2003): «Rompre le triangle production-emploi-consummation», en Philippe MERLANT y Jacques ROBIN: *Sortir de l'économisme*, Ivry-sur-Seine (Francia), Les Éditions de l'Atelier.
- SACRISTÁN, Manuel (1987): *Pacifismo, ecología y política alternativa*, Barcelona, Icaria.
- VALENCIA, Ángel (ed.) (2006): *La izquierda verde*, Barcelona, Icaria.
- VERNADSKY, Vladimir I. (1997): *La biosfera*, Madrid, Fundación Argentina.
- VILLALBA, Bruno (2005): «Rachel Carson, un engagement scientifique et littéraire», *EcoRev'. Revue Critique d'Écologie Politique*, 21 (otoño-invierno 2005-2006).
- (2007): «Ivan Illich, une critique écologiste des institutions», *EcoRev'. Revue Critique d'Écologie Politique*, 21 (otoño-invierno 2005-2006). Disponible en castellano en <<http://www.ecopolitica.org/>>.
- VIVERET, Patrick (2002): *Reconsidérer la richesse*, París, Secrétariat d'État à l'Économie Solidaire.
- WALLERSTEIN, Immanuel (2002): *La crisis estructural del capitalismo*, México, Contrahistorias.
- ZIN, Jean: *Ecologie révolutionnaire*, <<http://jeanzin.fr/ecorevo/>>.

Florent Marcellesi, *Ecología política: génesis, teoría y praxis de la ideología verde*, Cuadernos Bakeaz, n.º 85.

© Florent Marcellesi, 2008; © Bakeaz, 2008.

La edición de este cuaderno ha sido posible gracias a la financiación del Departamento de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio del Gobierno Vasco.

*Las opiniones expresadas en estos trabajos no coinciden necesariamente con las de Bakeaz.*

**Cuadernos Bakeaz** es una publicación monográfica, bimestral, realizada por personas vinculadas a nuestro centro o colaboradores del mismo. Aborda temas relativos a economía de la defensa, políticas de cooperación, educación para la paz, geopolítica, movimientos sociales, economía y ecología; e intenta proporcionar a aquellas personas u organizaciones interesadas en estas cuestiones, estudios breves y rigurosos elaborados desde el pensamiento crítico y desde el compromiso con esos problemas.

**Director de la publicación:** Josu Ugarte • **Coordinación técnica:** Blanca Pérez • **Consejo asesor:** Martín Alonso, Joaquín Arriola, Nicolau Barceló, Anna Bastida, Roberto Bermejo, Jesús Casquete, Xabier Etxeberria, Adolfo Fernández Marugán, Carlos Gómez Gil, Rafael Grasa, Xesús R. Jares, José Carlos Lechado, Arcadi Oliveres, Jesús M.ª Puente, Jorge Riechmann, Juan Manuel Ruiz, Pedro Sáez, Antonio Santamaría, Angela da Silva, Ruth Stanley, Carlos Taibo, Fernando Urruticoechea • **Últimos títulos publicados:** 34. Carlos Taibo, *Diez preguntas sobre el conflicto de Kosova*; 35. Clara Murguialday, *Mujeres y cooperación: de la invisibilidad a la equidad de género*; 36. Fernán González, S.I., *Colombia, una nación fragmentada*; 37. Xabier Etxeberria, *La noviolencia en el ámbito educativo*; 38. Antoni Segura i Mas, *El Sáhara en la dinámica política magrebí y las dificultades del Plan de Paz (1995-2000)*; 39. Dieter Rucht, *El impacto de los movimientos medioambientales en Occidente*; 40. Martín Alonso, *Universales del odio: resortes intelectuales del fanatismo y la barbarie*; 41. Tica Font (coord.), *La paz en movimiento: campañas y experiencias de movilización (I)*; 42. Tica Font (coord.), *La paz en movimiento: campañas y experiencias de movilización (II)*; 43. Julián Salas, *Hábitat y cooperación en Latinoamérica. Centroamérica antes y después del 'Mitch'*; 44. Roberto Bermejo, *Fundamentos de ecología industrial*; 45. Gema Celorio, *Nuevos retos para la sensibilización sobre el desarrollo*; 46. Carlos Gómez Gil, *La cooperación descentralizada en España: ¿motor de cambio o espacio de incertidumbre?*; 47. Xabier Etxeberria, *Ignacio Ellacuría: testimonio y mensaje/Ignacio Ellacuría: testigantza eta mezua*; 48. Juan Manuel Ruiz, *En torno a la eficiencia*; 49. Xesús R. Jares, *Educación para la paz después del 11/09/01*; 50. Gabriel Pons, *Herramientas de las ONGD en la cooperación para el desarrollo económico*; 51. Roberto Bermejo, *Concepciones de la sostenibilidad y sistemas de indicadores*; 52. Julián Salas, *Introducción a la práctica de la evaluación de proyectos de cooperación*; 53. Joaquim Sempere, *Necesidades, desigualdades y sostenibilidad ecológica*; 54. Johan Galtung, *Conflicto, guerra y paz, a vista de pájaro. Y cómo los aborda el grueso de los políticos y periodistas*; 55. Jesús Casquete, *Movimientos sociales y democracia*; 56. Manuel Jiménez, *Sumando esfuerzos. Tendencias organizativas en el movimiento ecologista en España durante los noventa*; 57. Joaquín Arriola Palomares, *¿La globalización? ¡El poder!*; 58. Ignacio Álvarez-Ossorio, *Claves sobre el conflicto palestino-israelí*; 59. Miguel Márquez, Luis Suárez y Cándido López, *Cuba y el desarrollo humano sostenible*; 60. Mario Roberto Morales, *Guatemala: autoritarismo e interculturalidad*; 61. Carmen Magallón, *Las mujeres como sujeto colectivo de construcción de paz*; 62. Carlos Taibo, *Los conflictos bélicos en el umbral del siglo XXI*; 63. Roberto Bermejo, *Análisis de la rentabilidad del proyecto de la 'Y' vasca y bases para una estrategia ferroviaria alternativa*; 64. José Carlos Sendín Gutiérrez (coord.), *África: entre la percepción externa y el proyecto emancipador*; 65. Carlos Gómez Gil, *Las ONG en la sociedad global. Estrategias de las ONG frente al Estado en la era de la globalización*; 66. Lara González Gómez y Clara Murguialday Martínez, *Evaluar con enfoque de género*; 67. Mireia Espiau, Dominique Saillard y Rafael Ajangiz, *Género en la participación. Un camino por recorrer*; 68. Antxon Gallego, Manuel Fernández y Efrén Feliu, *Criterios generales para la planificación de procesos participativos*; 69. Roberto Bermejo, David Hoyos y David Guillamón, *Análisis socioeconómico del Plan Estratégico de Infraestructuras y Transporte 2005-2020*; 70. Roberto Bermejo, *Del fin de la era del petróleo a la economía solar*; 71. Gabriel Pons, *Políticas agrarias y cooperación*; 72. Carlos Gómez Gil, *Nuevas vías para el codesarrollo en la cooperación descentralizada*; 73. Ignacio Álvarez-Ossorio, *El mundo árabe: entre la tradición y la modernidad*; 74. Martín Alonso, *Relatos exclusivos, políticas excluyentes. El patrón de Oriente Próximo*; 75. Iñaki Gorozpe, *Guinea Ecuatorial: crecimiento sin desarrollo*; 76. Carlos Gómez Gil, *El dilema de los microcréditos en las políticas de desarrollo*; 77. Sophie Caratini, *La prisión del tiempo: los cambios sociales en los campamentos de refugiados saharauis*; 78. Jorge Riechmann, *Monetización de los impactos del cambio climático: problemas y debates*; 79. Ernest Garcia y Joaquim Sempere, *Ciencia, movimientos ciudadanos y conflictos socioecológicos*; 80. Martín Alonso, *¿Sifones o vasos comunicantes? El nacionalismo democrático y los movimientos sociales vascos ante la violencia*; 81. Jesús Casquete, *Agitando emociones. La apoteosis del héroe-mártir en el nacionalismo vasco radical*; 82. Aleksí Ylonen, Mayra Moro Coco y Juan Álvarez Cobelas, *Costa de Marfil: entre la violencia y el desarrollo*; 83. Carlos Gómez Gil, *Los Objetivos del Desarrollo del Milenio y la cooperación descentralizada*; 84. Ana Izquierdo Lejardi y Laura Rodríguez Zugasti, *El comercio justo como herramienta de consumo responsable*; 85. Florent Marcellesi, *Ecología política: génesis, teoría y praxis de la ideología verde* • **Diseño:** Jesús M.ª Juaristi • **Maquetación:** Mercedes Esteban Meriel • **Impresión:** Grafilur • **ISSN:** 1133-9101 • **Depósito legal:** BI-295-94.

**Suscripción anual** (6 números): 24,00 euros • **Forma de pago:** domiciliación bancaria (indique los 20 dígitos correspondientes a entidad bancaria, sucursal, control y c/c.), o transferencia a la c/c. 2095/0365/49/3830626218, de Bilbao Bizkaia Kutxa • **Adquisición de ejemplares sueltos:** estos cuadernos, y otras publicaciones de Bakeaz, se pueden solicitar contra reembolso (4,00 euros de gastos de envío) a la dirección abajo reseñada. Su PVP es de 4,00 euros por ejemplar.

**Bakeaz** es una organización no gubernamental fundada en 1992 y dedicada a la investigación. Creada por personas vinculadas a la universidad y al ámbito del pacifismo, los derechos humanos y el medio ambiente, intenta proporcionar criterios para la reflexión y la acción cívica sobre cuestiones relativas a la militarización de las relaciones internacionales, las políticas de seguridad, la producción y el comercio de armas, la relación teórica entre economía y ecología, las políticas hidrológicas y de gestión del agua, los procesos de Agenda 21 Local, las políticas de cooperación o la educación para la paz y los derechos humanos. Para el desarrollo de su actividad cuenta con una biblioteca especializada; realiza estudios e investigaciones con el concurso de una amplia red de expertos; publica en diversas colecciones de libros y boletines teóricos sus propias investigaciones o las de organizaciones internacionales como el Worldwatch Institute, ICLEI o UNESCO; organiza cursos, seminarios y ciclos de conferencias; asesora a organizaciones, instituciones y medios de comunicación; publica artículos en prensa y revistas teóricas; y participa en seminarios y congresos.